



EL OFICIO DE SOCIÓLOGO

Presupuestos epistemológicos



PIERRE BOURDIEU
JEAN-CLAUDE CHAMBOREDON
JEAN-CLAUDE PASSERON



Siglo veintiuno editores Argentina



Siglo veintiuno editores Argentina s. a.

LAVALLE 1634 11 A (C1048AAN), BUENOS AIRES, REPÚBLICA ARGENTINA

Siglo veintiuno editores, s.a. de c.v.

CERRO DEL AGUA 248, DELEGACIÓN COYOACÁN, 04310, MÉXICO, D. F.

301 Bourdieu, Pierre

BOU El oficio de sociólogo / Pierre Bourdieu, Jean-Claude
Chamboredon y Jean-Claude Passeron.- 1ª. ed.-
Buenos Aires: Siglo XXI Editores Argentina, 2002.
376 p. ; 21x14 cm.- (Sociología)

Traducción de: Fernando Hugo Azcurra y José Sazbón

ISBN 987-1105-10-X

I. Chamboredon, Jean-Claude II. Passeron, Jean-Claude
III. Título - I. Sociología

R - 25

Título original: *Le métier de sociologue*

© 1973, École Pratique des Hautes Études
[Visección] y Mouton and Co.

© 1975, Siglo XXI Editores, S.A. de C.V.
en coedición con Siglo XXI de España Editores, s. a.

Portada original de María Luisa Martínez Passarge

Adaptación de portada: Daniel Chaskielberg

1ª edición argentina: 1.000 ejemplares

© 2002, Siglo XXI Editores Argentina S.A.

ISBN 987-1105-10-X

Impreso en Industria Gráfica Argentina
Gral. Fructuoso Rivera 1066, Capital Federal,
en el mes de septiembre de 2002

Hecho el depósito que marca la ley 11.723
Impreso en Argentina – Made in Argentina

INTRODUCCIÓN

EPISTEMOLOGÍA Y METODOLOGÍA

“El método —escribe Auguste Comte— no es susceptible de ser estudiado separadamente de las investigaciones en que se lo emplea; o, por lo menos, sería éste un estudio muerto, incapaz de fecundar el espíritu que a él se consagra. Todo lo que pueda decirse de real, cuando se lo encara abstractamente, se reduce a generalidades tan vagas que no podrían tener influencia alguna sobre el régimen intelectual. Cuando se ha establecido, como tesis lógica, que todos nuestros conocimientos deben fundarse sobre la observación, que debe procederse de los principios hacia los hechos y de los hechos hacia los principios, además de algunos otros aforismos similares, se conoce mucho menos netamente el método que a quien estudia, de modo poco profundo, una sola ciencia positiva, aun sin intención filosófica. Por haber desconocido este dato esencial, nuestros psicólogos se inclinan a considerar a sus ensueños como ciencia, cuando creen comprender el método positivo por haber leído los preceptos de Bacon o el *Discurso* de Descartes. Ignoro si, más tarde, será posible seguir *a priori* un verdadero curso de método del todo independiente del estudio filosófico de las ciencias; pero estoy convencido de que ello es imposible hoy, puesto que los grandes procedimientos lógicos no pueden aún ser explicados, con suficiente precisión, por separado de sus aplicaciones. Me atrevo a agregar además que, aun cuando una empresa de este tipo pueda ser realizada —lo que, en efecto es concebible—, sólo por el estudio de las aplicaciones regulares de los procedimientos científicos podrá lograrse un buen sistema de hábitos intelectuales, hecho que es, sin embargo, objetivo esencial del método.”¹

¹ A. Comte, *Cours de philosophie positive*, t. I, Bachelier, París, 1830 (citado según la edición Garnier, 1926, pp. 71-72). Podría señalarse, con Canguilhem, que no es fácil superar la seducción del vocabulario que “nos

Nada habría que agregar a este texto que, al negarse a disociar el método de la práctica, de entrada rechaza todos los discursos del método, si no existiera ya todo un discurso acerca del método que, ante la ausencia de una oposición de peso, amenaza imponer a los investigadores una imagen desdoblada del trabajo científico. Profetas que se ensañan con la impureza original de la empiria—de quienes no se sabe si consideran las mezquindades de la rutina científica como atentatorias a la dignidad del objeto que ellos piensan les corresponde o del sujeto científico que pretenden encarnar— o sumos sacerdotes del método que todos los investigadores observarían voluntariamente, mientras vivan, sobre los estrados del catecismo metodológico, quienes disertan sobre el arte de ser sociólogo o el modo científico de hacer ciencia sociológica a menudo tienen en común la disociación del método o la teoría respecto de las operaciones de investigación, cuando no disocian la teoría del método o la teoría de la teoría. Surgido de la experiencia de investigación y de sus dificultades cotidianas, nuestro propósito explícita, en función de las necesidades de esta causa, un “sistema de costumbres intelectuales”: se dirige a quienes, “embarcados” en la práctica de la sociología empírica, sin necesidad alguna de que se les recuerde la necesidad de la medición y de su aparato teórico y técnico, están de acuerdo totalmente con nosotros sobre aquello acerca de lo cual estamos de acuerdo porque va de suyo: la necesidad, por ejemplo, de no descuidar ninguno de los instrumentos conceptuales o técnicos que dan todo el rigor y la fuerza a la verificación experimental. Sólo quienes no tienen o no quieren hacer la experiencia de investigación podrán ver, en esta obra que apunta a problematizar la práctica sociológica, un cuestionamiento de la sociología empírica.²

conduce sin cesar a concebir el método como susceptible de ser separado de las investigaciones en que es puesto en práctica: [A. Comte] “enseña en la primera lección del *Curso de filosofía positiva* que «el método no es susceptible de ser estudiado por separado de las investigaciones en que es empleado»; ello sobrentiende que el empleo de un método supone ante todo su posesión” (G. Canguilhem, *Théorie et technique de l'expérimentation chez Claude Bernard*, Colloque du centenaire de la publication de *L'Introduction à l'étude de la médecine expérimentale*, Masson, Paris, 1967, p. 24).

² La división del campo epistemológico según la lógica de los pares (cfr. 3ª parte) y las tradiciones intelectuales que, al identificar toda reflexión con especulación pura, no permiten percibir la función técnica de una reflexión sobre la relación con las técnicas, otorgan fuerte probabilidad al malentendido que aquí tratamos de enfrentar: en efecto, en esta organización dualista de las

Si bien es cierto que la enseñanza de la investigación requiere, de parte de quienes la conciben como de los que la reciben, una referencia directa y constante a la experiencia *en primera persona* de la práctica, “la metodología de moda que multiplica los programas de investigaciones refinadas pero hipotéticas, las consideraciones críticas de investigaciones realizadas por otros [...] o los veredictos metodológicos”,³ no podría remplazar una reflexión sobre la relación justa con las técnicas y un esfuerzo, aún azaroso, por transmitir principios que no pueden presentarse como simples verdades de principio porque son el principio de la investigación de verdades. Si bien es cierto, además, que los métodos se distinguen de las técnicas, por lo menos en que éstos son “lo suficientemente generales como para tener valor en todas las ciencias o en un sector importante de ellas”,⁴ esta reflexión sobre el método debe también asumir el riesgo de rever los análisis más clásicos de la epistemología de las ciencias de la naturaleza; pero quizá sea necesario que los sociólogos se pongan de acuerdo sobre principios elementales que aparecen como evidentes para los especialistas en ciencias de la naturaleza o en filosofía de las ciencias, para salir de la anarquía conceptual a la que están condenados por su indiferencia ante la reflexión epistemológica. En realidad, el esfuerzo por examinar una ciencia en particular a través de los principios generales proporcionados por el saber epistemológico se justifica y se impone especialmente en el caso de la sociología: en ella todo conduce, en efecto, a ignorar este saber, desde el estereotipo humanista de la irreductibilidad de las ciencias humanas hasta las características del reclutamiento y la formación de investigadores, sin olvidar la existencia de un conjunto de metodólogos especializados

posiciones epistemológicas todo intento de volver a insertar las operaciones técnicas en la jerarquía de los actos epistemológicos será casi inevitablemente interpretada como un ataque dirigido contra la técnica y los técnicos; pese a que reconocemos la contribución capital que los metodólogos, y en particular Paul F. Lazarsfeld, han aportado a la racionalización de la práctica sociológica, sabemos que corremos el riesgo de que se nos ubique más cerca de *Fads and Foibles of American Sociology* que de *The Language of Social Research*.

³ R. Needham, *Structure and Sentiment: A Test-case in Social Anthropology*, University of Chicago Press, Chicago-Londres, 1962, p. vii.

⁴ A. Kaplan, *The Conduct of Inquiry, Methodology of Behavioral Science*, Chandler, San Francisco, 1964, p. 23. El mismo autor se lamenta de que el término “tecnología” haya adquirido ya un sentido especializado; observa que podría aplicarse con elevada exactitud a un gran número de estudios calificados como “metodológicos” (*ibid.*, p. 19).

en la reinterpretación selectiva del saber de las otras ciencias. Por tanto, es necesario someter las operaciones de la práctica sociológica a la polémica de la razón epistemológica, para definir, y si es posible inculcar, una actitud de vigilancia que encuentre en el completo conocimiento del error y de los mecanismos que lo engendran uno de los medios para superarlo. La intención de dotar al investigador de los medios para que él mismo supervise su trabajo científico, se opone a los llamados al orden de los censores cuyo negativismo perentorio sólo suscita el horror al error y el recurso resignado a una tecnología investida con la función de exorcismo.

Como la obra de Gaston Bachelard lo demuestra, la epistemología se diferencia de una metodología abstracta en su esfuerzo por captar la lógica del error para construir la lógica del descubrimiento de la verdad como polémica contra el error y como esfuerzo para someter las verdades próximas a la ciencia y los métodos que utiliza a una rectificación metódica y permanente [*G. Canguilhem, texto nº 1*]. Pero la acción polémica de la razón científica no tendría toda su fuerza si el “psicoanálisis del espíritu científico” no se continuara en un análisis de las condiciones sociales en las cuales se producen las obras sociológicas: el sociólogo puede encontrar un instrumento privilegiado de vigilancia epistemológica en la sociología del conocimiento, como medio para enriquecer y precisar el conocimiento del error y de las condiciones que lo hacen posible y, a veces, inevitable [*G. Bachelard, texto nº 2*]. Por consiguiente, las apariencias que aquí pudieran subsistir de una discusión *ad hominem* se refieren sólo a los límites de la comprensión sociológica de las condiciones del error: una epistemología que se remite a una sociología del conocimiento, menos que ninguna otra puede imputar los errores a sujetos que no son, nunca ni totalmente, sus autores. Si, parafraseando un texto de Marx, “no pintamos de rosado” al empirista, al intuicionista o al metodólogo, tampoco nos referimos a “personas sino en tanto que personificación” de posiciones epistemológicas que sólo se comprenden totalmente en el campo social donde se apoyan.

PEDAGOGÍA DE LA INVESTIGACIÓN

La función de esta obra define su forma y su contenido. Una enseñanza de la investigación cuyo proyecto sea exponer los principios

de una práctica profesional y simultáneamente imprimir cierta relación a esta práctica, es decir proporcionar a la vez los instrumentos indispensables para el tratamiento sociológico del objeto y una disposición activa a utilizarlos apropiadamente, debe romper con la rutina del discurso pedagógico para restituir su fuerza heurística a los conceptos y operaciones más completamente "neutralizados" por el ritual de la exposición canónica. Por ello, esta obra que apunta a señalar los actos más prácticos de la práctica sociológica comienza por una reflexión que trata de recordar, sistematizándolos, las implicaciones de toda práctica, buena o mala, y de concretar en preceptos prácticos el principio de vigilancia epistemológica (Libro primero).⁵ Se intentará luego la definición de la función y las condiciones de aplicación de los esquemas teóricos a los que debe recurrir la sociología para construir su objeto, sin pretender presentar estos primeros principios de la interrogación propiamente sociológica como una teoría acabada del conocimiento del objeto sociológico y, menos todavía, como una teoría general y universal del sistema social (Libro segundo).^{*} La investigación empírica no necesita comprometer tal teoría para escapar al empirismo, siempre que ponga en práctica efectiva, en cada una de sus operaciones, los principios que lo constituyen como ciencia, proporcionándole un objeto caracterizado por un mínimo de coherencia teórica. Si esta condición se cumple, los conceptos o los métodos podrán ser utilizados como *instrumentos* que, arrancados de su contexto original, se abren a nuevos usos (Libro tercero).^{**} Al asociar la presentación de cada instrumento intelectual a ejemplos de su utilización, se tratará de evitar que el saber sociológico pueda aparecer como una suma de técnicas, o como un capital de conceptos separados o separables de su implementación en la investigación.

Si nos hemos permitido extraer del orden de razones en las que se encontraban insertos los principios teóricos y los procedimientos técnicos heredados de la historia de la ciencia sociológica, no es sólo para quebrar los encadenamientos del orden didáctico que no renuncia a la complacencia erudita frente a la historia de las doctrinas o los conceptos sino para rendir tributo al reconocimiento diplomático de los valores consagrados por la tradición o sacralizados por la moda, ni tampoco para liberar virtualidades

⁵ Cf. *supra* el prefacio a la segunda edición, pp. 9-10.

^{*} Véase nota 5.

^{**} Véase nota 5.

heurísticas, muchas veces más numerosas que lo que permitirían creer los usos académicos; es, sobre todo, en nombre de una concepción de la teoría del conocimiento sociológico que hace de esta teoría sistema de principios que definen las condiciones de posibilidad de todos los actos y todos los discursos propiamente sociológicos, y sólo de éstos, cualesquiera que sean las teorías del sistema social de quienes producen o produjeron obras sociológicas en nombre de estos principios. El problema de la filiación de una investigación sociológica a una teoría particular acerca de lo social, la de Marx, la de Weber o la de Durkheim por ejemplo, es siempre secundario respecto del problema de la pertenencia de esta investigación a la ciencia sociológica: el único criterio de esta pertenencia reside, en realidad, en la aplicación de los principios fundamentales de la teoría del conocimiento sociológico que, en tanto tal, de ningún modo separa a autores a los que todo aleja en el plano de la teoría del sistema social. Aunque la mayoría de los autores han llegado a confundir su teoría particular del sistema social con la teoría del conocimiento de lo social que abrazaban, por lo menos implícitamente en su práctica sociológica, el proyecto epistemológico puede permitirse esta distinción preliminar para vincular autores cuyas oposiciones doctrinarias ocultan el acuerdo epistemológico.

Temer que esta empresa conduzca a una amalgama de principios tomados de tradiciones teóricas diferentes o a la constitución de un *corpus* de fórmulas disociadas de los principios que las fundamentan, implica olvidar que la reconciliación cuyos principios creemos explicitar se opera realmente en el ejercicio auténtico del oficio de sociólogo o, más exactamente, en el "oficio" del sociólogo, *habitus* que, en tanto que sistema de esquemas más o menos dominados y más o menos transponibles, no es sino la interiorización de los principios de la teoría del conocimiento sociológico. A la tentación que siempre surge de transformar los preceptos del método en recetas de cocina científica o en objetos de laboratorio, sólo puede oponerse un ejercicio constante de la vigilancia epistemológica que, subordinando el uso de técnicas y conceptos a un examen sobre las condiciones y los límites de su validez, proscriba la comodidad de una aplicación automática de procedimientos probados y señale que toda operación, no importa cuán rutinaria y repetida sea, debe repensarse a sí misma y en función del caso particular. Sólo una reinterpretación mágica de las exigencias de la medición puede a la vez sobrestimar la importancia de las ope-

raciones que no son, por otra parte, sino recursos del oficio y, transformando la cautela metodológica en respeto sagrado, utilizar no sin temor o no utilizar jamás, bajo el temor de no cumplir totalmente las condiciones rituales, instrumentos que deberían ser juzgados sólo en el uso. Los que llevan la cautela metodológica hasta la obsesión hacen pensar en ese enfermo del que habla Freud, que dedicaba su tiempo a limpiar sus anteojos sin ponérselos nunca.

Considerar seriamente el proyecto de transmitir un *ars inveniendi* significa reconocer que supone algo más y diferente que el *ars probandi* propuesto por quienes confunden la mecánica lógica, enseguida desarmada, de las comprobaciones y las pruebas con el funcionamiento real del espíritu creador; reconocer también, con la misma evidencia, que existen senderos o, mejor dicho, atajos que hoy pueden trazar una reflexión sobre la investigación en el camino sin arrepentimientos ni rodeos que propendría un discurso verdadero del método sociológico.

A diferencia de la tradición que se atiene a la lógica de la prueba, sin permitirse, por principio, penetrar en los arcanos de la invención, condenándose de esta forma a vacilar entre una retórica de la exposición formal y una psicología literaria del descubrimiento, quisiéramos proporcionar aquí los medios para adquirir una disposición mental que sea condición de la invención y de la prueba. Si esta reconciliación no se produce, ello implicaría renunciar a proporcionar una ayuda, cualquiera que sea, al trabajo de investigación, limitándonos junto a tantos otros metodólogos, a invocar o llamar, como se llama a los espíritus, los milagros de una iluminación creadora, que transmite la hagiografía del descubrimiento científico, o los misterios de la psicología de las profundidades.⁶

⁶ La literatura metodológica ha procurado siempre, cuando define el objeto de la lógica de las ciencias, evitar explícitamente la consideración de los *ways of discovery* en favor de los *ways of validation* (cfr. por ejemplo, C. Hempel, *Aspects of Scientific Explanation and Other Essays in the Philosophy of Science*, Free Press, Nueva York, 1965, pp. 82-83). K. R. Popper insiste a menudo sobre esta dicotomía que, en él, parece encubrir la oposición entre la vida pública y la privada: "La pregunta «¿Cómo descubrió usted su teoría por primera vez?» interesa, para decirlo de algún modo, a una cuestión muy personal, contrariamente a lo que supone la pregunta «¿cómo verificó usted su teoría?»" (K. R. Popper, *Misère de l'historicisme* [trad. de H. Rousseau], Plon, París, 1956, p. 132 [hay ed. esp.]). O también: "No existe nada que se parezca a un método lógico para tener ideas o a una reconstitución lógica

Si va de suyo que los automatismos adquiridos posibilitan la economía de una invención permanente, hay que cuidarse de la creencia de que el sujeto de la creación científica es un *automaton spirituale* que obedece a los organizados mecanismos de una programación metodológica constituida de una vez para siempre, y por tanto encerrar al investigador en los límites de una ciega sumisión a un programa que excluye la reflexión sobre el programa, reflexión que es condición de invención de nuevos programas.⁷ La metodología, afirmaba Weber, “[...] es condición de un trabajo fecundo en la misma medida en que el conocimiento de la anatomía es condición de la marcha correcta”.⁸ Pero, aunque es inútil confiar en descubrir una ciencia sobre el modo de hacer ciencia, y suponer que la lógica sea algo más que un modo de control de la ciencia que se construye o que ya se ha construido, sin embargo, como lo observó Stuart Mill, “la invención puede ser cultivada”, es decir que una explicitación de la lógica del descubrimiento, tan parcial como parezca, puede contribuir a la racionalización del aprendizaje de las aptitudes para la creación.

EPISTEMOLOGÍA DE LAS CIENCIAS DEL HOMBRE Y EPISTEMOLOGÍA DE LAS CIENCIAS DE LA NATURALEZA

La mayoría de los errores a los que se exponen la práctica sociológica y la reflexión sobre la misma radican en una representación falsa de la epistemología de las ciencias de la naturaleza y de la relación que mantiene con la epistemología de las ciencias del hombre. Así, epistemologías tan opuestas en sus afirmaciones

de este proceso. En mi opinión, todo descubrimiento contiene un «elemento irracional» o una «intuición creadora», en el sentido bergsonian” (K. R. Popper, *The Logic of Scientific Discovery*, Hutchinson and Co., Londres, 1959, p. 32). En cambio, cuando, excepcionalmente, se considera explícitamente como objeto el “contexto del descubrimiento” (por oposición al “contexto de la prueba”), es inevitable romper gran cantidad de esquemas rutinarios de la tradición epistemológica y metodológica y, en especial, la representación del desarrollo de la investigación como sucesión de etapas distintas y predeterminadas (cf. P. E. Hamond, comp., *Sociologists at Work, Essays on the Craft of Social Research*, Basic Books, Nueva York, 1964).

⁷ Piénsese, por ejemplo, en la facilidad con que la investigación puede reproducirse sin producir nada, según la lógica de la *pump-handle research*.

⁸ M. Weber, *Essais sur la théorie de la science* (trad. de J. Freund), Plon, París, 1965, p. 220 [hay ed. esp.].

evidentes como el dualismo de Dilthey —que no puede pensar la especificidad del método de las ciencias del hombre sino oponiéndole una imagen de las ciencias de la naturaleza originada en la mera preocupación por diferenciar— y el positivismo —preocupado por imitar una imagen de la ciencia natural fabricada según las necesidades de esta imitación—, ambos en común ignoran la filosofía exacta de las ciencias exactas. Esta grosera equivocación condujo a fabricar distinciones forzadas entre los dos métodos para responder a la nostalgia o a los deseos piadosos del humanismo, y a celebrar ingenuamente redescubrimientos desconocidos como tales o, además, a entrar en la puja positivista que escolarmente copia una imagen reduccionista de la experiencia como copia de lo real.

Pero puede advertirse que el positivismo efectúa sólo una caricatura del método de las ciencias exactas, sin acceder *ipso facto* a una epistemología exacta de las ciencias del hombre. De hecho, el carácter subjetivo de los hechos sociales y su irreductibilidad a los métodos rigurosos de la ciencia conforma una constante en la historia de las ideas que la crítica del positivismo mecanicista sólo reafirma. De esta forma, al percibir que “los métodos que los científicos o los investigadores fascinados por las ciencias de la naturaleza tan a menudo intentaron aplicar a la fuerza a las ciencias del hombre no siempre fueron necesariamente aquellos que los científicos aplicaban de hecho en su propia disciplina, sino más bien los que creían utilizar”,⁹ Hayek concluye de inmediato que los hechos sociales se diferencian “de los hechos de las ciencias físicas en tanto son creencias u opiniones individuales” y, por consiguiente, “no deben ser definidos según lo que podríamos descubrir sobre ellos por los métodos objetivos de la ciencia sino según lo que piensa la persona que actúa”.¹⁰ La impugnación de la imitación automática de las ciencias de la naturaleza se vincula tan mecánicamente a la crítica subjetivista de la objetividad de los hechos sociales que todo esfuerzo por encarar los problemas específicos que plantea la transposición a las ciencias del hombre del saber epistemológico de las ciencias de la naturaleza, corre siempre el riesgo de parecer una reafirmación de los derechos imprescriptibles de la subjetividad.¹¹

⁹ F. A. Von Hayek, *Scientisme et sciences sociales, Essai sur le mauvais usage de la raison* (trad. de M. Barre), Plon, Paris, 1953, p. 3.

¹⁰ *Ibid.*, pp. 21 y 24.

¹¹ Y sin embargo todo el proyecto de Durkheim puede demostrar que es

LA METODOLOGÍA Y EL DESPLAZAMIENTO DE LA VIGILANCIA

Para superar las discusiones académicas y las formas académicas de superarlas, es necesario someter la práctica científica a una reflexión que, a diferencia de la filosofía clásica del conocimiento, se aplique no a la ciencia hecha, ciencia *verdadera* cuyas condiciones de posibilidad y de coherencia, cuyos títulos de legitimidad sería necesario establecer, sino a la ciencia que *se está haciendo*. Tal tarea, propiamente epistemológica, consiste en descubrir en la práctica científica misma, amenazada sin cesar por el error, las condiciones en las cuales se puede discernir lo verdadero de lo falso, en el pasaje desde un conocimiento menos verdadero a un conocimiento más verdadero, o más bien, como lo afirma Bachelard, “aproximado, es decir rectificado”. Esta filosofía del trabajo científico como “acción polémica incesante de la Razón”, traspuesta a la instancia de las ciencias del hombre, puede proporcionar los principios de una reflexión capaz de inspirar y controlar los actos concretos de una práctica verdaderamente científica, definiendo en lo que tengan de específico los principios del “racionalismo regional” propios de la ciencia sociológica. El racionalismo fijista que informaba las preguntas de la filosofía clásica del conocimiento hoy se expresa mejor en los intentos de algunos metodólogos que se inclinan a reducir la reflexión sobre el método a una lógica formal de las ciencias. Sin embargo, como lo señala P. Feyerabend, “todo fijismo semántico tropieza con dificultades cuando se trata de dar razón total del progreso del conocimiento y de los descubrimientos que a él aportan”.¹² Más precisamente, interesarse en las relaciones intemporales entre los enunciados abstractos

posible evadirse de la alternativa de la imitación ciega y del rechazo, igualmente ciego, a imitar: “la sociología nació a la sombra de las ciencias de la naturaleza y en contacto íntimo con ellas [...]. Es natural que algunos de los primeros sociólogos se equivocaran al exagerar este acercamiento hasta el punto de desconocer el origen de las ciencias sociales y la autonomía que deben disfrutar respecto de las otras ciencias que las han precedido. Pero esta exageración no debe hacer olvidar toda la fecundidad de los orígenes más importantes del pensamiento científico”. *Rivista Italiana di Sociologia*, tomo IV, 1900, pp. 127-159, citado en A. Cuvillier, *Où va la sociologie française?*, Marcel Rivière et Cie., París, 1953, pp. 177-208 [hay ed. esp.].

¹² P. Feyerabend, in H. Feigl y G. Maxwell (comp.), “Scientific Explanation, Space and Time”, en *Minnesota Studies in the Philosophy of Science*, vol. III, Minneapolis, 1962, p. 31.

en detrimento de los procesos por los cuales cada proposición o cada concepto fue establecido y engendró otras proposiciones u otros conceptos, supone negarse a colaborar efectivamente con quienes están inmersos en las peripecias inseguras del trabajo científico, desplazando así el desarrollo de la intriga entre bastidores para llevar a escena sólo los desenlaces. Totalmente ocupados en la búsqueda de una lógica ideal del descubrimiento, los metodólogos no pueden dirigirse en realidad sino a un investigador definido abstractamente por su aptitud para concretar estas normas de perfección, es decir a un investigador impecable, lo que equivale a decir imposible o estéril. La obediencia incondicional a un *organon* de reglas lógicas tiende a producir un efecto de "clausura prematura", al hacer desaparecer, como lo diría Freud, "la elasticidad en las definiciones", o como lo afirma Carl Hempel, "la disponibilidad semántica de los conceptos" que constituye una de las condiciones del descubrimiento, por lo menos en ciertas etapas de la historia de una ciencia o del desarrollo de una investigación.

No se trata aquí de negar que la formalización lógica encarada como medio para poner a prueba la lógica en acto de la investigación y la coherencia de sus resultados constituye uno de los instrumentos más eficaces del control epistemológico; pero esta implementación legítima de los instrumentos lógicos opera demasiado a menudo como garantía de la enfermiza predilección por ejercicios metodológicos cuyo único fin discernible es posibilitar la exhibición de un arsenal de medios disponibles. Frente a algunas investigaciones concebidas en función de las necesidades de la causa lógica o metodológica, no puede sino evocarse, con Abraham Kaplan, la conducta de un borracho que, habiendo perdido la llave de su casa, la busca sin embargo con obstinación, bajo la luz de un farol, ya que alega que allí se ve mejor [*A. Kaplan, texto nº 3*].

El rigorismo tecnológico que descansa sobre la fe en un rigor definido de una vez para siempre y para todas las situaciones, es decir una representación fijista de la verdad o del error como trasgresión a normas incondicionales, se opone diametralmente a la búsqueda de *rigores específicos*, desde una teoría de la verdad como teoría del error rectificado. "El conocer —agrega Gaston Bachelard— debe evolucionar junto con lo conocido." Lo que equivale a afirmar que es inútil buscar una lógica anterior y exterior a la historia de la ciencia que se está haciendo. Para captar los procedimientos de la investigación es necesario analizar cómo

opera en lugar de encerrarla en la observancia de un decálogo de procedimientos que quizá no deban parecer adelantados respecto de la práctica real sino por el hecho de que son definidos por adelantado.¹³ “Desde la fascinación por el hecho de que en matemática evitar el error es cuestión de técnica, se pretende definir la verdad como el producto de una actividad intelectual que responde a ciertas normas; se pretende considerar los datos experimentales como se consideran los axiomas de la geometría; se confía determinar reglas de pensamiento que desempeñarían la función que la lógica desempeña en matemática. Se quiere, a partir de una experiencia limitada, construir la teoría de una vez por todas. El cálculo infinitesimal elaboró sus fundamentos paso a paso, la noción de número sólo alcanzó claridad después de 2 500 años. Los procedimientos que instauran el rigor se originan como respuestas a preguntas que no pueden formularse *a priori*, y que sólo el desarrollo de la ciencia hace surgir. La ingenuidad se pierde lentamente. Esto, verdadero en matemática, lo es *a fortiori* para las ciencias de observación, adonde cada teoría refutada impone nuevas exigencias de rigor. Es pues inútil pretender plantear *a priori* las condiciones de un pensamiento auténticamente científico.”¹⁴

Más profundamente, la exhortación insistente por una perfección metodológica corre el riesgo de provocar un *desplazamiento* de la vigilancia epistemológica; en lugar de preguntarse, por ejemplo, sobre el objeto de la medición, sobre el grado de precisión deseable y legítimo según las condiciones particulares de la misma, o determinar, más simplemente, si los instrumentos miden lo que se desea medir, es posible, arrastrados por el deseo de acuñar en tareas realizables la idea pura del rigor metodológico, perseguir, en una obsesión por el decimal, el ideal contradictorio de una precisión definible intrínsecamente, olvidando que, tal como lo recuerda A. D. Richtie, “realizar una medición más precisa que lo necesario no es menos absurdo que hacer una medición insuficien-

¹³ Los autores de un largo estudio dedicado a las funciones del método estadístico en sociología admiten *in fine* que “sus indicaciones en lo que concierne a las posibilidades de aplicar la estadística teórica a la investigación empírica, caracterizan sólo el estado actual de la discusión metodológica, quedando la práctica en un segundo plano” (E. K. Scheuch y D. Rüschemeyer, “Soziologie und Statistik, Über den Einfluss der modernen Wissenschaftslehre auf ihr gegenseitiges Verhältnis”, en *Kölner Zeitschrift für Soziologie und Sozial-Psychologie*, VIII, 1956, pp. 272-291).

¹⁴ A. Régnier, *Les infortunes de la Raison*, Seuil, París, 1966, pp. 37-38.

temente precisa",¹⁵ o también que, como lo señala N. Campbell, cuando se establece que todas las proposiciones comprendidas dentro de ciertos límites son equivalentes y que la proposición definida aproximativamente se sitúa dentro de estos límites, el uso de la forma aproximativa es perfectamente legítimo.¹⁶ Se entiende que la ética del deber metodológico pueda, al engendrar una casuística de la equivocación técnica, conducir, por lo menos indirectamente, a una ritual de procedimientos que quizás es la caricatura del rigor metodológico, pero que es sin duda y exactamente el opuesto de la vigilancia epistemológica.¹⁷ Es especialmente significativo que la estadística, ciencia del error y del conocimiento aproximativo, que en procedimientos tan comunes como el cálculo de error o del límite de confiabilidad opera con una filosofía de la vigilancia crítica, pueda ser frecuentemente utilizada como coartada científica de la sujeción ciega al instrumento.

De la misma forma, cada vez que los teóricos conducen la investigación empírica y los instrumentos conceptuales que emplea ante el tribunal de una teoría cuyas construcciones en el dominio de una ciencia que ella pretende reflejar y dirigir se niegan a evaluar, gozan del respeto de los practicistas, respeto forzado y verbal, sólo en nombre del prestigio indistintamente atribuido a toda empresa teórica.

Y si sucede que la coyuntura intelectual posibilita que los teóricos puros impongan a los científicos su ideal, lógico o semán-

¹⁵ A. D. Ritchie, *Scientific Method: An Inquiry into the Character and Validity of Natural Laws*, Littlefield, Adams, Paterson (N.J.), 1960, p. 113. Al analizar esta búsqueda de "la precisión mal fundada", que consiste en creer "que el mérito de la solución se mide por el número de decimales indicados", Bachelard indica "que si una precisión en un resultado va más allá de la precisión de los datos experimentales, es exactamente la determinación de la nada... Esta práctica recuerda la chanza de Dulong quien, al referirse a un experimentador decía: está seguro de la tercera decimal, es sobre la primera que duda" (Gaston Bachelard, *La formación del espíritu científico*, Buenos Aires, Siglo XXI, 1972, pp. 251-252).

¹⁶ N. R. Campbell, *An Account of the Principles of Measurement and Calculation*, Longmans, Green and Co., Londres, Nueva York, 1928, p. 186. Podría recordarse en este caso la distinción que establecía Cournot entre orden lógico y orden racional, que lo llevaba a señalar que la búsqueda de la perfección lógica puede desviar de la captación del orden racional (*Essai sur les fondements de nos connaissances et sur les caractères de la critique philosophique*, Hachette, Paris, 1851, p. 242 y ss.).

¹⁷ El angustiado interés por las enfermedades del espíritu científico puede provocar un efecto tan depresivo como las inquietudes hipocondríacas de los adictos al *Larousse médical*.

tico, de la coherencia íntegra y universal del sistema de conceptos, pueden llegar a detener la investigación en la medida en que logran contagiar la obsesión de pensarlo todo, de todas las formas y en todas sus relaciones a la vez, ignorando que en las situaciones concretas de la práctica científica no se puede pretender construir problemáticas o teorías nuevas sino cuando se renuncia a la ambición imposible, que no es escolar ni profética, de decirlo todo, sobre todas las cosas y, además, ordenadamente.¹⁸

EL ORDEN EPISTEMOLÓGICO DE RAZONES

Pero estos análisis sociológicos o psicológicos de la distorsión metodológica y de la desviación especulativa no pueden ocupar el lugar de la crítica propiamente epistemológica a la que introducen. Si es necesario prevenirse, con especial convicción, frente a la puesta en guardia de los metodólogos es porque, al llamar la atención exclusivamente sobre los controles formales de los procedimientos experimentales y los conceptos operacionales, corren el riesgo de desplazar la vigilancia sobre peligros más serios. Los instrumentos y los apoyos, muy poderosos sin duda, que la reflexión metodológica proporciona a la vigilancia se vuelven contra ésta cada vez que no se cumplen las condiciones previas a su utilización. La ciencia de las condiciones formales del rigor de las operaciones, que presenta el aspecto de una puesta en forma "operatoria" de la vigilancia epistemológica, puede parecer que se funda en la pretensión de asegurar automáticamente la aplicación de los principios y preceptos que definen la vigilancia epistemológica, de manera tal que es necesario un acrecentamiento de la vigilancia para evitar que produzca automáticamente este efecto de desplazamiento.

Sería necesario, como decía Saussure, "mostrar al lingüista

¹⁸ Algunas disertaciones teóricas sobre todas las cosas conocidas o conocibles desempeñan, sin duda, una función de anexión anticipada análoga a la de las profecías astrológicas dispuestas siempre a digerir retrospectivamente el acontecimiento: "Existen personas, dice Claude Bernard, que sobre una cuestión dicen todo lo que se puede decir para tener el derecho de reclamar cuando, más tarde, se haga alguna experiencia al respecto. Son como aquellos que ubican planetas en todo el espacio para afirmar luego que allí está el planeta que habian previsto" (*Principes de médecine expérimentale*, PUF, Paris, 1947, p. 255).

lo que hace".¹⁹ Preguntarse qué es hacer ciencia o, más precisamente, tratar de saber qué hace el científico, sepa éste o no lo que hace, no es sólo interrogarse sobre la eficacia y el rigor formal de las teorías y de los métodos, es examinar a las teorías y los métodos en su aplicación para determinar qué hacen con los objetos y qué objetos hacen. El orden según el cual debe efectuarse este examen se impone tanto por el análisis propiamente epistemológico de los obstáculos al conocimiento como por el análisis sociológico de las implicaciones epistemológicas de la sociología actual que definen la jerarquía de los peligros epistemológicos y, por este camino, de los puntos de urgencia.

Establecer, con Bachelard, que *el hecho científico se conquista, construye, comprueba*, implica rechazar al mismo tiempo el empirismo que reduce el acto científico a una comprobación y el convencionalismo que sólo le opone los preámbulos de la construcción. A causa de recordar el imperativo de la comprobación, enfrentando la tradición especulativa de la filosofía social de la cual debe liberarse, la comunidad sociológica persiste en olvidar hoy la jerarquía epistemológica de los actos científicos que subordina la comprobación a la construcción y la construcción a la ruptura: en el caso de una ciencia experimental, la simple remisión a la prueba experimental no es sino tautológica en tanto no se acompañe de una explicación de los supuestos teóricos que fundamentan una verdadera experimentación, y esta explicitación no adquiere poder heurístico en tanto no se le adhiera la explicitación de los obstáculos epistemológicos que se presentan bajo una forma específica en cada práctica científica.

¹⁹ E. Benveniste, "Lettres de Ferdinand de Saussure à Antoine Meillet", en *Cahiers Ferdinand de Saussure*, 21, 1964, pp. 92-135.

PRIMERA PARTE

LA RUPTURA

I. EL HECHO SE CONQUISTA CONTRA LA ILUSIÓN DEL SABER INMEDIATO

La vigilancia epistemológica se impone particularmente en el caso de las ciencias del hombre, en las que la separación entre la opinión común y el discurso científico es más imprecisa que en otros casos. Aceptando con demasiada facilidad que la preocupación de una reforma política y moral de la sociedad arrastró a los sociólogos del siglo xix a abandonar a menudo la neutralidad científica, y también que la sociología del siglo xx pudo renunciar a las ambiciones de la filosofía social sin precaverse empero de las contaminaciones ideológicas de otro orden, con frecuencia se deja de reconocer, a fin de extraer de ello todas las consecuencias, que la familiaridad con el universo social constituye el obstáculo epistemológico por excelencia para el sociólogo, porque produce continuamente concepciones o sistematizaciones ficticias, al mismo tiempo que sus condiciones de credibilidad. El sociólogo no ha saldado cuentas con la sociología espontánea y debe imponerse una polémica ininterrumpida con las engeguedoras evidencias que presentan, a bajo precio, las ilusiones del saber inmediato y su riqueza insuperable. Le es igualmente difícil establecer la separación entre la percepción y la ciencia —que, en el caso del físico, se expresa en una acentuada oposición entre el laboratorio y la vida cotidiana— como encontrar en su herencia teórica los instrumentos que le permitan rechazar radicalmente el lenguaje común y las nociones comunes.

1-1. *Prenociones y técnicas de ruptura*

Como tienen por función reconciliar a todo precio la conciencia común consigo misma, proponiendo explicaciones, aun contradictorias, de un mismo hecho, las opiniones primeras sobre los hechos sociales se presentan como una colección falsamente sistematizada de juicios de uso alternativo. Estas prenociones, "representaciones esquemáticas y sumarias" que se "forman por la práctica y para ella", como lo observa Durkheim, reciben su evidencia y "autoridad" de las funciones sociales que cumplen [*E. Durkheim, texto n° 4*].

La influencia de las nociones comunes es tan fuerte que todas las técnicas de objetivación deben ser aplicadas para realizar efectivamente una ruptura, más a menudo anunciada que efectuada. Así los resultados de la medición estadística pueden, por lo menos, tener la virtud negativa de desconcertar las primeras impresiones. De la misma forma, aún no se ha considerado suficientemente la función de ruptura que Durkheim atribuía a la definición previa del objeto como construcción teórica "provisoria" destinada, ante todo, a "sustituir las nociones del sentido común por una primera noción científica"¹ [*M. Mauss, texto n° 5*]. En efecto, en la medida en que el lenguaje común y ciertos usos especializados de las palabras comunes constituyen el principal vehículo de las representaciones comunes de la sociedad, una crítica lógica y lexicológica del lenguaje común surge como el paso previo más indispensable para la elaboración controlada de las nociones científicas [*J. H. Goldthorpe et D. Lockwood, texto n° 6*].

Como durante la observación y la experimentación el sociólogo establece una relación con su objeto que, en tanto relación social, nunca es de puro conocimiento, los datos se le presentan como configuraciones vivas, singulares y, en una palabra, dema-

¹ P. Fauconnet y M. Mauss, artículo "Sociologie", en *Grande Encyclopédie Française*, t. xxx, París, 1901, p. 173. No es casualidad si los que quieren encontrar en Durkheim, y más precisamente en su teoría de la definición y del indicador (cf. por ej., R. K. Merton, *Eléments de théorie et de méthode sociologique* [trad. H. Mendras], 2ª edic. aumentada, Plon, París, 1965, p. 61), el origen y garantía del "operacionalismo" desconocen la función de ruptura que Durkheim confería a la definición: en efecto, numerosas definiciones llamadas "operatorias" no son otra cosa que una puesta en forma, lógicamente controlada o formalizada, de las ideas del sentido común.

siado humanas, que tienden a imponérsele como estructuras de objeto. Al desmontar las totalidades concretas y evidentes que se presentan a la intuición, para sustituirlas por el conjunto de criterios abstractos que las definen sociológicamente —profesión, ingresos, nivel de educación, etc.—, al proscribir las inducciones espontáneas que, por efecto de halo, predisponen a extender sobre toda una clase los rasgos sobresalientes de los individuos más “típicos” en apariencia, en resumen, al desgarrar la trama de relaciones que se entreteje continuamente en la experiencia, el análisis estadístico contribuye a hacer posible la construcción de relaciones nuevas, capaces, por su carácter insólito, de imponer la búsqueda de relaciones de un orden superior que den razón de éste.

Así, el descubrimiento no se reduce nunca a una simple lectura de lo real, aun del más desconcertante, puesto que supone siempre la ruptura con lo real y las configuraciones que éste propone a la percepción. Si se insiste demasiado sobre el papel del azar en el descubrimiento científico, como lo hace Robert K. Merton en su análisis del *serendipity*, se corre el riesgo de suscitar las representaciones más ingenuas del descubrimiento, resumidas en el paradigma de la manzana de Newton: la captación de un hecho inesperado supone, al menos, la decisión de prestar una atención metódica a lo inesperado, y su propiedad heurística depende de la pertinencia y de la coherencia del sistema de cuestiones que pone en discusión.² Es sabido que el acto de descubrir que conduce a la solución de un problema sensorio-motor o abstracto debe romper las relaciones más aparentes, que son las más familiares, para hacer surgir el nuevo sistema de relaciones entre los elementos. En sociología, como en otros campos, “una investigación seria conduce a reunir lo que vulgarmente se separa o a distinguir lo que vulgarmente se confunde”.³

1-2. *La ilusión de la transparencia y el principio de la no-conciencia*

Todas las técnicas de ruptura, crítica lógica de las nociones sometidas a la prueba estadística de las falsas evidencias, impugnación

² R. K. Merton, *Eléments de théorie et de méthode sociologique*, op. cit., pp. 47-51.

³ “Por ejemplo, la ciencia de las religiones reunió en un mismo género

decisoria y metódica de las apariencias, son sin embargo importantes en tanto la sociología espontánea no es atacada en su propio principio, es decir en la filosofía del conocimiento de lo social y de la acción humana que la sostiene. La sociología no puede constituirse como ciencia efectivamente separada del sentido común sino bajo la condición de oponer a las pretensiones sistemáticas de la sociología espontánea la resistencia organizada de una teoría del conocimiento de lo social cuyos principios contradigan, punto por punto, los supuestos de la filosofía primera de lo social. Sin tal teoría, el sociólogo puede rechazar ostensiblemente las prenociones, construyendo la apariencia de un discurso científico sobre los presupuestos inconscientemente asumidos, a partir de los cuales la sociología espontánea engendra esas prenociones. El artificialismo, representación ilusoria de la génesis de los hechos sociales según la cual el científico podría comprender y explicar estos hechos "mediante el solo esfuerzo de su reflexión personal", descansa, en última instancia, sobre el presupuesto de la ciencia infusa que, arraigado en el sentimiento de familiaridad, funda también la filosofía espontánea del conocimiento del mundo social: la polémica de Durkheim contra el artificialismo, el psicologismo o el moralismo no es sino el revés del postulado según el cual los hechos sociales "tienen una manera de ser constante, una naturaleza que no depende de la arbitrariedad individual y de donde derivan las relaciones necesarias" [*E. Durkheim, texto nº 7*]. Marx no afirmaba otra cosa cuando sostenía que "en la producción social de su existencia, los hombres traban relaciones determinadas, necesarias, independientes de su voluntad", y también Weber lo afirmaba cuando proscribía la reducción del sentido cultural de las acciones a las intenciones subjetivas de los actores. Durkheim, que exige del sociólogo que penetre en el mundo social como en un mundo desconocido, reconocía a Marx el mérito de haber roto con la ilusión de la transparencia: "Creemos fecunda la idea de que la vida social debe explicarse, no por la concepción que se hacen los que en ella participan, sino por las causas profundas que escapan a la conciencia"⁴ [*E. Durkheim, texto nº 8*].

a los tabúes de impureza y los de pureza, puesto que son todos tabúes; por el contrario. distinguió cuidadosamente los ritos funerarios y el culto de los antepasados" (P. Fauconnet y M. Mauss, "Sociologie", *loc. cit.*, p. 173).

⁴ E. Durkheim, informe de A. Labriola, "Essais sur la conception matérialiste de l'histoire", en *Revue Philosophique*, dic. 1897, vol. XLV, 2do. año, p. 648.

Tal convergencia se explica fácilmente:⁵ lo que podría denominarse principio de la no-conciencia, concebido como condición *sine qua non* de la constitución de la ciencia sociológica, no es sino la reformulación del principio del determinismo metodológico en la lógica de esta ciencia, del cual ninguna ciencia puede renegar sin negarse como tal.⁶

Es lo que se oculta cuando se expresa el principio de la no-conciencia en el vocabulario de lo inconsciente, transformándose así un postulado metodológico en tesis antropológica, ya se termine sustantivando la substancia o que se permita la polisemia del término para reconciliar la afición a los misterios de la interioridad con los imperativos del distanciamiento⁷ [*L. Wittgenstein, texto nº 9*]. De hecho, el principio de la no-conciencia no tiene otra función que apartar la ilusión de que la antropología pueda constituirse como ciencia reflexiva y definir, simultáneamente, las condiciones metodológicas en las cuales puede convertirse en cien-

⁵ La acusación de sincretismo que podría provocar la comparación de textos de Marx, Weber y Durkheim descansaría en la confusión entre la teoría del conocimiento de lo social como condición de posibilidad de un discurso sociológico verdaderamente científico y la teoría del sistema social (sobre este punto véase pp. 15, 16 y pp. 48-50, e *infra*, G. Bachelard, texto nº 2, pp. 121-124). En caso de que no se nos concediera esta distinción, habría que examinar todavía si la apariencia disparatada no se mantiene porque se permanece fiel a la representación tradicional de una pluralidad de tradiciones teóricas, representación que impugna precisamente el "eclecticismo apacible" de la teoría del conocimiento sociológico, rechazando, a partir de la experiencia práctica sociológica, ciertas oposiciones consideradas rituales por otra práctica, la de la enseñanza de la filosofía.

⁶ "Si, como escribe C. Bernard, un fenómeno se presentara en una experiencia con una apariencia tan contradictoria, que no se ligara de una manera necesaria a condiciones de existencia determinadas, la razón debería rechazar el hecho como un hecho no científico [...], porque admitir un hecho sin causa, es decir, indeterminable en sus condiciones de existencia, no es ni más ni menos que la negación de la ciencia" (C. Bernard, *Introduction à l'étude de la médecine expérimentale*, J. B. Baillière e Hijos, París, 1865, cap. II, parágrafo 7).

⁷ Aunque permaneció encerrado en la problemática de la conciencia colectiva por los instrumentos conceptuales propios de las ciencias humanas de su época, Durkheim se esforzó en distinguir el principio por el cual en el sociólogo surgen a la existencia regularidades no conscientes de la afirmación de un "inconsciente" dotado de caracteres específicos. Refiriéndose a la relación entre las representaciones individuales y las colectivas escribe: "Todo lo que sabemos, en efecto, es que hay fenómenos que se suceden en nosotros, que no obstante ser de orden psíquico no son conocidos por el yo que somos. En cuanto a saber si son percibidos por algún yo desconocido o lo que pudiera

cia experimental⁸ [*E. Durkheim, texto nº 10; F. Simiand, texto nº 11*].

Si la sociología espontánea renace instintivamente y bajo disfraces tan diferentes en la sociología científica, es sin duda porque los sociólogos que buscan conciliar el proyecto científico con la afirmación de los derechos de la persona —derecho a la libre actividad y a la clara conciencia de la actividad— o que, sencillamente, evitan someter su práctica a los principios fundamentales de la teoría del conocimiento sociológico, tropiezan inevitablemente con la filosofía ingenua de la acción y de la relación del sujeto con la acción, que obligan a defender, en su sociología espontánea de los sujetos sociales, la verdad vívida de su experiencia de la acción social. La resistencia que provoca la sociología cuando pretende separar la experiencia inmediata de su privilegio gnoseológico se basa en la misma filosofía humanista de la acción humana de cierta sociología que, empleando conceptos como el de “motivación”, por ejemplo, o limitándose por predilección a cuestiones de *decision-marking*, realiza, a su manera, la ingenua promesa de todo sujeto social: creyendo ser dueño y propietario de sí mismo y de su propia verdad, no queriendo conocer otro determinismo que el de sus propias determinaciones (incluso si las considera inconscientes), el humanismo ingenuo que existe en todo hombre opera como una reducción “sociologista” o “materialista”

ser fuera de toda captación, no nos importa. Concédasenos sólo que la vida representativa se extiende más allá de nuestra conciencia actual” (E. Durkheim, “Représentations individuelles et représentations collectives”, *Revue de Métaphysique et de Morale*, iv, mayo 1898, reproducido en *Sociologie et Philosophie*, F. Alcan, París, 1924; citado de acuerdo con la 3ª edic. PUF, París, 1967, p. 25 [hay ed. esp.]).

⁸ Es lo que sugiere C. Lévi-Strauss cuando distingue el empleo que hace Mauss de la noción de inconsciente de la de inconsciente colectivo de Jung “lleno de símbolos y aun de cosas simbolizadas que forman una especie de *substrat*”, y que le concede a Mauss el mérito “de haber recurrido al inconsciente como proveedor del carácter común y específico de los hechos sociales” (C. Lévi-Strauss, “Introduction”, en M. Mauss, *Sociologie et Anthropologie*, PUF, París 1950, pp. xxx y xxxii [hay ed. esp.]). Es en ese sentido que reconoce ya en Taylor la afirmación, sin duda confusa y equívoca, de lo que hace la originalidad de la etnología, a saber “la naturaleza inconsciente de los fenómenos colectivos” [...]. “Incluso cuando se encuentran interpretaciones, éstas tienen siempre el carácter de racionalizaciones o de elaboraciones secundarias: no hay ninguna duda de que las razones por las cuales se practica una costumbre, o se comparte una creencia, son muy distintas de las que se invoca para justificarla” (*Anthropologie structurale*, Plon, París, 1958, p. 25 [hay ed. esp.]).

de todo intento por establecer que el sentido de las acciones más personales y más “transparentes” no pertenecen al sujeto que las ejecuta sino al sistema total de relaciones en las cuales, y por las cuales, se realizan. Las falsas profundidades que promete el vocabulario de las “motivaciones” (notablemente diferenciadas de los simples “motivos”) quizá tengan por función salvaguardar a la filosofía de la elección, adornándola de prestigios científicos que se dediquen a la investigación de elecciones inconscientes. La indagación superficial de las fundaciones psicológicas tal como son vividas —“razones” o “satisfacciones”— impide a menudo la investigación de las funciones sociales que las “razones” ocultan y cuyo cumplimiento proporciona, además, las satisfacciones directamente experimentadas.⁹

Contra este método ambiguo que permite el intercambio indefinido de relaciones entre el sentido común y el sentido común científico, hay que establecer un segundo principio de la teoría del conocimiento de lo social que no es otra cosa que la forma positiva del principio de la no-conciencia: las relaciones sociales no podrían reducirse a relaciones entre subjetividades animadas de intenciones o “motivaciones” porque ellas se establecen entre condiciones y posiciones sociales y tienen, al mismo tiempo, más realidad que los sujetos que ligan. Las críticas que Marx efectuaba a Stirner alcanzan a los psicociólogos y a los sociólogos que reducen las relaciones sociales a la representación que de ellas se hacen los sujetos y creen, en nombre de un artificialismo práctico, que se pueden transformar las relaciones objetivas transformando esa representación de los sujetos: “Sancho no quiere que dos individuos estén en «contradicción» uno contra otro, como burgués y proletario [. . .], querría verlos mantener una relación personal de individuo a individuo. No considera que, en el marco de la división del trabajo, las relaciones personales se convierten necesaria e inevitablemente en relaciones de clase y como tal se cristalizan; así toda su verbosidad se reduce a un voto piadoso que quiere cumplir exhortando a los individuos de esas clases a

⁹ Tal es el sentido de la crítica que Durkheim hacía de Spencer: “Los hechos sociales no son el simple desarrollo de los hechos psíquicos, sino que estos últimos son, en gran parte, la prolongación de los primeros en el interior de la conciencia. Esta proposición es muy importante ya que el punto de vista contrario expone al sociólogo, a cada instante, a que tome la causa por efecto y reciprocamente” (*De la division du travail social*, 7ª edic., PUF, Paris, 1960, p. 341 [hay ed. esp.]).

desechar de su espíritu la idea de sus «contradicciones» y de su «privilegio» particular [...]. Para destruir la «contradicción» y lo «particular», bastaría cambiar la «opinión» y el «querer».¹⁰ Independientemente de las ideologías de la «participación» y de la «comunicación» a las que respaldan a menudo, las técnicas clásicas de la psicología social conducen, en razón de su epistemología implícita, a privilegiar a las representaciones de los individuos en detrimento de las relaciones objetivas en las cuales están inscriptas y que definen la «satisfacción» o la «insatisfacción» que experimentan, los conflictos que encierran o las expectativas o ambiciones que expresan. El principio de la no-conciencia impone, por el contrario, que se construya el sistema de relaciones objetivas en el cual los individuos se hallan insertos y que se expresa mucho más adecuadamente en la economía o en la morfología de los grupos que en las opiniones e intenciones declaradas de los sujetos. El principio explicativo del funcionamiento de una organización está muy lejos de que lo suministre la descripción de las actitudes, las opiniones y aspiraciones individuales; en rigor, es la captación de la lógica objetiva de la organización lo que proporciona el principio capaz de explicar, precisamente, aquellas actitudes, opiniones y aspiraciones.¹¹ Este objetivismo provisorio que es la condición de la captación de la verdad objetivada de los sujetos, es también la condición de la comprensión total de la relación vívida que los sujetos mantienen con su verdad objetivada en un sistema de relaciones objetivas.¹²

¹⁰ K. Marx, *Idéologie allemande* (trad. J. Molitor), en *Oeuvres Philosophiques*, t. ix, A. Costes, París, 1947, p. 94 [hay ed. esp.].

¹¹ Esta reducción a la psicología encuentra uno de sus modelos de elección en el estudio de los grupos pequeños, aislados de la acción y de la interacción, abstraídos de la sociedad global. No se tienen más en cuenta las investigaciones o el estudio aislado de los conflictos psicológicos entre sectores, sustituidos por el análisis de las relaciones objetivas entre las fuerzas sociales.

¹² Si fuera necesario, por las necesidades de la tarea pedagógica, poner fuertemente el acento sobre la objetivación previa que se impone a todo estudio sociológico, cuando quiere romper con la sociología espontánea, no podría reducirse la tarea de la explicación sociológica a las dimensiones de un objetivismo: «La sociología supone, por su misma existencia, la superación de la oposición ficticia que subjetivistas y objetivistas hacen surgir arbitrariamente. Si la sociología es posible como ciencia objetiva, es porque existen relaciones exteriores, necesarias, independientes de las voluntades individuales y, si se quiere, inconscientes (en el sentido de que no son objeto de la simple reflexión), que no pueden ser captadas sino por los rodeos de la observación y de la experimentación objetivas. [...] Pero, a diferencia de las ciencias naturales,

1-3. *Naturaleza y cultura: substancia y sistema de relaciones*

Si el principio de la no-conciencia no es sino el revés del referido al ámbito de relaciones, este último debe conducir al rechazo de todos los intentos por definir la verdad de un fenómeno cultural independientemente del sistema de relaciones históricas y sociales del cual es parte. Tantas veces condenado, el concepto de naturaleza humana, la más sencilla y natural de todas las naturalezas, subsiste sin embargo bajo la especie de conceptos que son moneda corriente, por ejemplo, las "tendencias" o las "propensiones" de ciertos economistas, las "motivaciones" de la psicología social o las "necesidades" y los "pre-requisitos" del análisis funcionalista. La filosofía esencialista, que es la base de la noción de naturaleza, todavía se practica en cierto uso ingenuo de los criterios de análisis como el sexo, la edad, la raza o las aptitudes intelectuales, al considerarse esas características como datos naturales, necesarios y eternos, cuya eficacia podría ser captada independientemente de las condiciones históricas y sociales que los constituyen en su especificidad, por una sociedad dada y en un tiempo determinado.

De hecho, el concepto de naturaleza humana está presente cada vez que se trasgrede el precepto de Marx que prohíbe eternizar en la naturaleza el producto de la historia, o el precepto de Durkheim que exige que lo social sea explicado por lo social y sólo por lo social [*K. Marx, texto n° 12; Durkheim, texto n° 13*]. La fórmula de Durkheim conserva todo su valor pero a condición de que exprese no la reivindicación de un "objeto real", efectivamente distinto del de las otras ciencias del hombre, ni la pre-

una antropología total no puede detenerse en una construcción de relaciones objetivas porque la experiencia de las significaciones forma parte de la significación total de la experiencia: la sociología, aun la menos sospechosa de subjetivismo, recurre a conceptos intermediarios y mediadores entre lo subjetivo y lo objetivo, como alienación, actitud o *ethos*. En efecto, le corresponde construir el sistema de relaciones que engloba y el sentido objetivo de las conductas organizadas según regularidades mensurables y las relaciones singulares que los sujetos mantienen con las condiciones objetivas de su existencia y con el sentido objetivo de sus conductas, sentido que los posee porque están desposeídos de él. Dicho de otro modo, la descripción de la subjetividad-objetividad remite a la descripción de la interiorización de la objetividad" (P. Bourdieu, *Un Art moyen*, París, Ed. de Minuit, 1970, 2ª edic., pp. 18-20; 1ª edic. 1965).

tensión sociologista de querer explicar sociológicamente todos los aspectos de la realidad humana, sino la fuerza de la decisión metodológica de no renunciar anticipadamente al derecho de la explicación sociológica o, en otros términos, no recurrir a un principio de explicación tomado de otras ciencias, ya se trate de la biología o de la psicología, en tanto que la eficacia de los métodos de explicación propiamente sociológicos no haya sido completamente agotada. Además de que, al recurrir a factores que son por definición transhistóricos y transculturales, se corre el riesgo de dar por explicado precisamente lo que hay que explicar, se condena, en el mejor de los casos, a dar cuenta solamente de las semejanzas de las instituciones, dejando escapar, como dice Lévi-Strauss, aquello que determina su especificidad histórica o su originalidad cultural: “Una disciplina cuyo primer objetivo, si no el único, es analizar e interpretar las diferencias evita toda dificultad al tener en cuenta nada más que las semejanzas. Pero, al mismo tiempo, pierde toda capacidad para distinguir lo general, a lo cual aspira, de lo vulgar con lo que se contenta”¹³ [*Max Weber, texto n° 14*].

Pero no basta que las características atribuidas al hombre social en su universalidad se presenten como “residuos” o invariantes descubiertas por el análisis de las sociedades concretas para que sea decisivamente descartada esta filosofía esencialista que debe la mayor parte de su seducción al esquema de pensamiento según el cual “no hay nada nuevo bajo el sol”: de Pareto a Ludwig von Mises no faltan análisis, aparentemente históricos, que se limitan a señalar con un nombre sociológico principios explicativos tan poco sociológicos como la “tendencia a crear asociaciones”, “la necesidad de manifestar sentimientos por actos exteriores”, el resentimiento, la búsqueda de prestigio, la insaciabilidad de la necesidad o la *libido dominandi*.¹⁴ No se compren-

¹³ Claude Lévi-Strauss, *Anthropologie structurale, op. cit.*, p. 19.

¹⁴ Para probar que la actitud crítica contra el capitalismo no estaría inspirada sino en el resentimiento propio de individuos frustrados en su ambición social, von Mises señala, independientemente de toda especificación sociológica, la propensión a la autojustificación, además de la aspiración al ascenso social. Es porque habrían fracasado en sus posibilidades de ascenso como consecuencia de alguna inferioridad natural (“las cualidades biológicas de las cuales está provisto un hombre, limitan, muy estrechamente, el campo dentro del cual puede prestar servicios a los otros”) que mucha gente volvería contra el capitalismo el resentimiento nacido de su ambición frustrada. Resumiendo: como, según Leibniz, está establecido desde tiempos inmemoriales en la esencia

dería que los sociólogos puedan con tanta frecuencia renegar de su condición de tales proponiendo, sin otra razón, explicaciones que no deberían utilizar sino como último recurso, si no fuera que la tentación de la explicación por las opiniones declaradas no se encontrara reforzada por la seducción genérica de la explicación por lo simple, denunciada incansablemente por Bachelard por su "ineficacia epistemológica".

1-4. *La sociología espontánea y los poderes del lenguaje*

Si la sociología es una ciencia como las otras que sólo tropieza con una dificultad particular en ser como ellas, es, fundamentalmente, en razón de la especial relación que se establece entre la experiencia científica y la experiencia ingenua del mundo social y entre las expresiones ingenua y científica de las mismas. En efecto, no basta con denunciar la ilusión de la transparencia y poseer los principios capaces de romper con los supuestos de la sociología espontánea para terminar con las construcciones ilusorias que plantea. "Herencia de las palabras, herencia de las ideas", según la sentencia de Brunshvicg, el lenguaje común que, en tanto tal, pasa inadvertido, encierra en su vocabulario y sintaxis toda una filosofía petrificada de lo social siempre dispuesta a resurgir en palabras comunes o expresiones complejas construidas con palabras comunes que el sociólogo utiliza inevitablemente. Cuando se presentan ocultas bajo las apariencias de una elaboración científica, las prenociones pueden abrirse camino en el discurso sociológico sin perder por ello la credibilidad que les otorga su origen: las precauciones contra el contagio de la sociología por la sociología espontánea no serían más que exorcismos verbales si no se acompañaran de un esfuerzo por proporcionar a la vigilancia epistemológica las armas indispensables para evitar el contagio de las nociones por las prenociones. En la medida en que es a menudo prematuro, el deseo de desechar la lengua común sustituyéndola pura y simplemente por una lengua perfecta, en cuanto esté totalmente construida y formalizada, corre el peligro de remplazar al análisis, más urgente,

de César que habrá de pasar el Rubicón, el destino de cada sujeto social estaría contenido en su naturaleza definida en lo que ella tiene de psicológica (y a veces de biológica). El esencialismo lleva lógicamente a una "sociodicea" (Ludwig von Mises, *The Anti-capitalist Mentality*, Van Nostrand, Princeton (N.J.), Toronto, Londres, Nueva York, 1956, pp. 1-33).

de la lógica del lenguaje común: sólo este análisis puede dar al sociólogo el medio de redefinir las palabras comunes dentro de un sistema de nociones expresamente definidas y metódicamente depuradas, sometiendo a la crítica las categorías, los problemas y esquemas que la lengua científica toma de la lengua común y que siempre amenazan con volver a introducirse bajo los disfraces de la lengua científica más formalizada. “El estudio del empleo lógico de una palabra —escribe Wittgenstein— nos permite escapar de la influencia de ciertas expresiones tipo [. . .]. Estos análisis buscan apartarnos de los prejuicios que nos incitan a creer que los hechos deben estar de acuerdo con ciertas imágenes que afloran en nuestra lengua.”¹⁵ Por no someter el lenguaje común, primer instrumento de la “construcción del mundo de los objetos”,¹⁶ a una crítica metódica, se está predispuesto a tomar por datos, objetos preconstruidos en y por la lengua común. La preocupación por la definición rigurosa es inútil, e incluso engañosa, si el principio unificador de los objetos sujetos a definición no se sometió a la crítica.¹⁷ Como los filósofos que se lanzan a la bús-

¹⁵ L. Wittgenstein, *Le cahier bleu et le cahier brun* (trad. G. Durand), París, Gallimard, 1965, p. 89.

¹⁶ Véase Ernst Cassirer, “Le langage et la construction du monde des objets”, en *Journal de psychologie normale et pathologique*, vol. 30, 1933, pp. 18-44, y “The Influence of Language upon the Development of Scientific Thought”, en *The Journal of Philosophy*, vol. 33, 1936, pp. 309-327.

¹⁷ M. Chastaing extiende la crítica que hacía Wittgenstein de los juegos conceptuales a los cuales llevan los juegos de palabras sobre la palabra “juego”: “Los hombres no juegan ni como sus decorados ni como sus instituciones. No juegan con las palabras como sobre una escena; no con el violín como una batuta; no con él y a la fortuna como el infortunio; no con la armonía del vals como un adversario; no juegan con un proyectil como juegan a la pelota, por ejemplo, al fútbol. Pueden decir: jugar una situación no es jugar otra. Deberían decir: jugar no es jugar” (M. Chastaing, “Jouer n'est pas jouer”, *Journal de psychologie normale et pathologique*, n° 3, julio-setiembre 1959, pp. 303-326).

La crítica lógica y lingüística a la cual M. Chastaing somete la palabra “juego” se aplicaría casi íntegramente a la noción de “ocio”, a los usos que comúnmente se hacen de él y a las definiciones “esenciales” que le dan ciertos sociólogos: “sustituí la antigua palabra «juego» por el neologismo «ocio». Reemplácese en algunas descripciones clásicas de los juegos, «la voluntad de jugar» o «la actividad libre» del jugador por una distracción calificada de *querida* o tachada de *opción del individuo* sin preocuparse del tiempo libre dirigido y las vacaciones pagadas ni de la antigua oposición, *licet-libet*. Reemplácese el «placer de jugar» por el *objetivo hedonístico* de las distracciones cuidándose de cantar *Sombre dimanche* después de *Je hais les dimanches*. Reemplácese por último algunos juegos gratuitos por distracciones que *se despliegan*

queda de una definición esencial del "juego", con el pretexto de que la lengua común tiene un único sentido común para "los juegos infantiles, los juegos olímpicos, los juegos matemáticos o los juegos de palabras", los sociólogos que organizan su problemática científica en torno de términos pura y simplemente tomados del vocabulario familiar, se someten al lenguaje de sus objetos creyendo no tener en cuenta sino el "dato". Las demarcaciones que efectúa el vocabulario común no son las únicas preconstrucciones inconscientes e incontroladas que se insinúan en el discurso sociológico, y esa técnica de ruptura que es la crítica lógica de la sociología espontánea, encontraría, sin duda, un instrumento irremplazable en la nosografía del lenguaje común que se presenta, por lo menos como esbozo, en la obra de Wittgenstein [*M. Chastaign, texto n° 15*].¹⁸

Tal crítica daría al sociólogo el medio de disipar el halo semántico (*fringe of meaning*, como dice Williams James) que rodea a las palabras más comunes y controlar las significaciones dudosas de todas las metáforas, aun las que aparentan estar muertas, que corren el peligro de situar la coherencia de su discurso en otro orden distinto del que pretenden inscribir sus formulaciones. Sea que alguna de esas imágenes puedan ser clasificadas según el orden, biológico o mecánico, al cual remiten, o según las filosofías implícitas de lo social que sugieren: equilibrio, presión, fuerza, tensión, reflejo, raíz, cuerpo, célula, secreción, crecimiento, regulación, gestación, decaimiento, etc., esos esquemas de interpretación, tomados a menudo del orden físico o biológico, corren el riesgo de transmitir, con el pretexto de la metáfora y de la homonimia, una filosofía inadecuada de la vida social y, sobre todo, de desalentar la búsqueda de la explicación específica proporcionando sin mayores esfuerzos una apariencia de explicación.¹⁹ [*G. Can-*

fuera de toda finalidad utilitaria, si puede olvidar la jardinería de los obreros y empleados, hasta incluso «los trabajos caseros» (ibid.).

¹⁸ Así, la mayor parte de los usos del término de inconsciente caen en el paralogsimo de las "esencias ocultas" que consiste, según Wittgenstein, en sacar a las palabras de su contexto de uso y asignarles de este modo una significación sustancial (véase *infra, L. Wittgenstein, texto n° 9, p. 157*).

¹⁹ No es otra cosa que pagar con la misma moneda: si la sociología padeció la importación incontrolada de esquemas e imágenes biológicas, la biología debió, en otra época, eliminar, no sin dificultad, de las nociones tales como la de "célula" o "tejido" sus connotaciones morales o políticas (cf. *infra, G. Canguilhem, texto n° 16, p. 190*).

guilhem, texto nº 16]. Así, un psicoanálisis del espíritu sociológico podría, sin duda, encontrar en numerosas descripciones del proceso revolucionario, como explosión que sucede a la opresión, un esquema mecánico, apenas traspuesto. Asimismo, los estudios de difusión cultural recurren, a menudo más inconsciente que conscientemente, al modelo de la mancha de aceite para intentar explicar la extensión y el ritmo de dispersión de un rasgo cultural. Esto sería contribuir a la purificación del espíritu científico más que a analizar concretamente la lógica y las funciones de los esquemas como el de “cambio de escala”, por el cual se permite transferir al nivel de la sociedad global o mundial observaciones o enunciados válidos sólo en el nivel de grupos pequeños; como el de la “manipulación” o del “complot” que, descansando en definitiva sobre la ilusión de la transparencia, tiene la falsa profundidad de una explicación oculta y proporciona las satisfacciones afectivas de la denuncia de las criptocracias, o incluso el de la “acción a distancia” que obliga a pensar en la acción de los medios modernos de comunicación según las categorías del pensamiento mágico.²⁰

Como se ve, la mayor parte de estos esquemas metafóricos son comunes a las palabras ingenuas y al discurso científico; de hecho aquéllos deben a esta doble pertenencia su eficacia pseudo-explicativa. Como dice Yvon Belaval, “si nos convencen, es porque nos hacen dudar y oscilar, sin que lo sepamos, entre la imagen y el pensamiento, entre lo concreto y lo abstracto. Aliado de la imaginación, el lenguaje trasplanta subrepticamente la verdad de la evidencia sensible a la verdad de la evidencia lógica”.²¹ Ocultando su origen común bajo el ornato de la jerga científica, esos esquemas mixtos evaden la refutación, ya sea porque proponen de inmediato una explicación global y evocan experiencias cotidianas (el concepto de “sociedad de masas” que puede, por ejemplo, encontrar su paralelo en la experiencia de los embotellamientos de París y el término “mutación” que refleja a menudo sólo la vulgar experiencia de lo insólito), ya sea porque remiten a una filosofía espontánea de la historia, como el esquema del retorno cíclico, cuando considera sólo la sucesión de las estaciones, o como el

²⁰ Noam Chomsky muestra cómo el lenguaje de Skinner, que hace un uso metafórico de los términos técnicos, revela su inconsistencia cuando se lo somete a una crítica lógica o lingüística (Noam Chomsky, informe de B. F. Skinner, *Verbal Behavior, Language*, vol. 35, 1959, pp. 16-58).

²¹ Y. Belaval, *Les Philosophes et leur langage*, Gallimard, Paris, 1952, p. 23.

esquema funcionalista cuando no tiene otro contenido que el “es estudiado por” del finalismo ingenuo, o bien porque tropiezan con esquemas científicos ya vulgarizados, como el de la comprensión del sociograma que reproduce, por ejemplo, la imagen oculta de los átomos encadenados. Duhem señalaba a propósito de la física que el científico se expone siempre a hallar en las evidencias del sentido común residuos de teorías anteriores que la ciencia ya ha abandonado; dado que todo predispone a que los conceptos y teorías sociológicas pasen al dominio público, el sociólogo corre el riesgo, más que cualquier otro científico, de “retomar del fondo de conocimientos comunes, para volcarlos en la ciencia teórica, los elementos que ésta ya había depositado en ellos”.²²

Sin duda que el rigor científico no impone que se renuncie a todos los esquemas analógicos de explicación o de comprensión como lo confirman el uso que la física moderna hace de los paradigmas —incluso mecánicos— con fines pedagógicos o heurísticos, pero es preciso usarlos científica y metódicamente. Así como las ciencias físicas debieron romper categóricamente con las representaciones animistas de la materia, y de la acción sobre ella, las ciencias sociales deben efectuar la “ruptura epistemológica” que diferencie la interpretación científica del funcionamiento social de aquellas artificialistas o antropomórficas: sólo a condición de someter a la experiencia de la explicitación total²³ los esquemas utilizados por la explicación sociológica es como se evitará el contagio al que están expuestos los esquemas más depurados, cada vez que presenten una afinidad estructural con los esquemas comunes. Bachelard demuestra que la máquina de coser se inventó sólo cuando se dejó de imitar los movimientos de la costurera: la sociología obtendría sin dudas sus mejores frutos de una adecuada representación de la epistemología de las ciencias de la naturaleza si se atuviera a verificar en cada momento que construye verdaderamente máquinas de coser, en lugar de transplantar penosamente los movimientos espontáneos de la práctica ingenua.

²² P. Duhem, *La théorie physique, son objet, sa structure*, M. Rivière, París, 1954, 2ª edic. revisada y aumentada, p. 397.

²³ En esta tarea de control semántico, la sociología puede armarse no sólo de lo que Bachelard designaba como psicoanálisis del conocimiento o de una crítica puramente lógica y lingüística, sino también de una sociología del uso social de los esquemas de interpretación de lo social.

1-5. *La tentación de profetismo*

Actualmente la sociología tiende a mantener con el público, nunca circunscripto al grupo de pares, una relación opaca que siempre corre el riesgo de encontrar su lógica en la relación entre el autor exitoso y su público, o incluso a veces entre el profeta y su auditorio, ello en razón de que tiene más dificultades que cualquier otra ciencia en desprenderse de la ilusión de la transparencia y realizar irreversiblemente la ruptura con las prenaciones y porque a menudo se le asigna, *volens nolens*, la tarea de responder a los interrogantes últimos sobre el porvenir de la civilización. El sociólogo está expuesto, mucho más que cualquiera de los otros especialistas, al veredicto ambiguo y ambivalente de los no especialistas que se creen autorizados a dar crédito a los análisis propuestos, no obstante éstos descubran los supuestos de su sociología espontánea, pero que por eso mismo son inducidos a impugnar la validez de una ciencia que no aprueban sino en la medida en que se repita en el buen sentido. De hecho, cuando el sociólogo se hace cargo de los objetos de reflexión del sentido común y de la reflexión común sobre esos objetos, no tiene nada que oponer a la certeza común del derecho que tiene todo hombre de hablar de todo lo que es humano y juzgar todo discurso, incluso científico, sobre lo que es humano. ¿Cómo no sentirse un poco sociólogo cuando los análisis del "sociólogo" concuerdan perfectamente con las palabras de la charla cotidiana y el discurso del analista y las palabras analizadas están separadas nada más que por la frágil barrera de las comillas?²⁴ No es casualidad si la bandera del "humanismo", bajo la cual se reúnen quienes creen que basta ser humano para ser sociólogo y los que llegan a la sociología para satisfacer una pasión demasiado humana de lo "humano", se utiliza como punto de concentración de todas las resistencias contra la sociología objetiva, apoyándose en la ilusión de la reflexividad o en la afirmación de los imprescriptibles derechos del hombre libre y creador.

El sociólogo que comulga con su objeto no está nunca exento de ceder a la complacencia cómplice de las expectativas escatológicas que el público tiende a transferir hoy sobre las "ciencias humanas", y que sería mucho mejor llamar ciencias del hombre. En tanto acepta determinar su objeto y las funciones de su discurso

²⁴ Preferimos dejar para cada lector el cuidado de encontrar las ilustraciones de este análisis.

de acuerdo con los requerimientos de su público, y presenta a la antropología como un sistema de respuestas totales a los interrogantes últimos sobre el hombre y su destino, el sociólogo se vuelve profeta, aun si el estilo y la temática de su mensaje varían según que —como “pequeño profeta acreditado por el estado”— responda, cual si fuera dueño de la sabiduría, a las inquietudes de la salvación intelectual, cultural o política de un auditorio de estudiantes o que, practicando la política teórica que Wright Mills concede a los “estadistas” de la ciencia, se esfuerce en unificar al pequeño reino de conceptos sobre los cuales y por los cuales cree reinar o, más aun, que, como pequeño profeta marginal, contribuya a forjar en el público en general la ilusión de acceder a los últimos secretos de las ciencias del hombre [*Max Weber, B. M. Berger, textos nos. 17 y 18*].

El lenguaje sociológico que, incluso en sus usos más controlados, recurre siempre a palabras del léxico común tomadas en una acepción rigurosa y sistemática, y que, por este hecho, se vuelve equívoco en cuanto deja de dirigirse sólo a los especialistas, se presta, más que cualquier otro, a utilidades falsas: los juegos de la polisemia, permitidos por la secreta afinidad de los conceptos más depurados con los esquemas comunes, contribuyen al doble significado y a los malentendidos que aseguran, al doble juego profético, sus auditorios múltiples y a veces contradictorios. Si, como dice Bachelard, “todo químico debe luchar contra el alquimista que tiene dentro”, todo sociólogo debe ahogar en sí mismo el profeta social que el público le pide encarnar. La elaboración, aparentemente científica, de las evidencias que son las que mejor construidas están para encontrar un público porque son evidencias públicas, y la utilización de una lengua de múltiples registros que yuxtapone las palabras comunes y las técnicas destinadas a servirles de garantía, proporciona al sociólogo su mejor disfraz cuando cree, a pesar de todo, desalentar a aquellos cuyas expectativas satisface dando una grandiosa orquestación a sus temas favoritos y ofreciéndoles un discurso cuya apariencia de esoterismo refleja en realidad las funciones esotéricas de una empresa profética. La sociología profética opera, por supuesto, con la lógica, según la cual el sentido común construye sus explicaciones cuando se contenta con sistematizar falsamente las respuestas que la sociología espontánea da a los problemas existenciales que la experiencia común encuentra en un orden disperso: de todas las explicaciones sencillas, las explicaciones por lo sencillo y por la gente sencilla son las

más frecuentemente esgrimidas por los sociólogos proféticos que ven en fenómenos tan familiares como la televisión el principio explicativo de los “cambios mundiales”. “Toda verdad —decía Nietzsche— es sencilla: ¿no es esto una doble mentira? Relacionar algo desconocido con algo conocido alivia, tranquiliza el espíritu y además da cierta sensación de poder. Primer principio: una explicación cualquiera es preferible a una falta de explicación. Como en rigor, de lo que se trata es de deshacerse de las representaciones angustiosas, no nos exigimos demasiado para hallar medios de alcanzarla: la primera representación por la cual lo desconocido se declara conocido hace tanto bien que se la tiene por verdadera.”

Que este recurso a las explicaciones por lo sencillo tenga por función tranquilizar o inquietar, que haga uso de los paralelismos a la manera *pars pro toto*, de sistematizaciones por alusión o elipsis o de los poderes de la analogía espontánea, es porque el resorte explicativo reside siempre en sus profundas afinidades con la sociología espontánea. Ya lo decía Marx: “Semejantes frases literarias, que, con arreglo a una analogía cualquiera clasifican todo dentro de todo, pueden hasta parecer ingeniosas cuando son dichas por primera vez, y tanto más cuanto más identifiquen cosas contradictorias entre sí. Repetidas, e incluso con presunción, como apotegmas de valor científico, son *tout bonnement* (llanamente) necias. Sólo buenas para cándidos literatos y charlatanes visionarios, que enchastran todas las ciencias con su empalagosa mierda.”²⁵

1-6. Teoría y tradición teórica

Al colocar su epistemología bajo el signo del “¿por qué no?” y la historia de la razón científica bajo el de la discontinuidad o, mejor, de la ruptura continuada, Bachelard niega a la ciencia la seguridad del saber definitivo para recordarle que no puede progresar si no es cuestionando constantemente los principios mismos de sus propias construcciones. Pero para que una experiencia como la de Michelson y Morley pueda desembocar en un cuestionamiento radical de los postulados fundamentales de la teoría, tiene

²⁵ Karl Marx, *Fondements de la Critique de l'Économie politique*, t. 1 (trad. R. Dangeville), Anthropos, Paris, 1967, p. 240 [hay ed. esp.: *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política*, t. 1, Buenos Aires, Siglo XXI, 1971, p. 233].

que existir una teoría capaz de provocar tal experiencia y dar lugar a un desacuerdo tan sutil como el que hace surgir esta experiencia. La situación de la sociología no es tan favorable a esas proezas teóricas que, llevando la negación en el corazón mismo de una teoría científica aparentemente acabada, hicieron posibles las geometrías no-euclidianas o la física no-newtoniana; el sociólogo está limitado a los oscuros esfuerzos que exigen las rupturas siempre repetidas y a las incitaciones del sentido común, ingenuo o científico: en efecto, cuando se vuelve hacia el pasado teórico de su disciplina, se enfrenta no con una teoría científica constituida sino con una *tradicción*. Tal situación contribuye a dividir en dos el campo epistemológico, manteniendo ambos una relación contrapuesta con una misma representación de la teoría: igualmente incapaces de oponer a la imagen tradicional de la teoría otra que sea propiamente científica o, por lo menos, una teoría científica de la teoría científica, unos se lanzan a cuerpo descubierto a una práctica que busca encontrar en sí misma su propio fundamento teórico, otros siguen manteniendo con la tradición la típica relación que las comunidades de literatos están acostumbrados a conservar con un *corpus* en que los principios que se proclaman disimulan los supuestos tanto más inconscientes cuanto más esenciales son y en que la coherencia semántica o lógica pueden no ser otra cosa que la expresión manifiesta de la última selección basada en una filosofía del hombre y de la historia más bien que en una axiomática conscientemente construida.

Los que se afanan en hacer el compendio de las contribuciones teóricas heredadas de los "padres fundadores" de la sociología, que acometen una empresa análoga a la de los teólogos o canonistas de la Edad Media, que reunían en sus enormes *Summas* el conjunto de los argumentos y asuntos legados por las "autoridades", textos canónicos o Padres de la Iglesia?²⁶ Los "teóricos"

²⁶ Esta clásica relación a una tradición se observa siempre en los primeros momentos de la historia de una ciencia. Bachelard señala que hay, en los libros científicos del siglo XVIII, una erudición parásita que refleja todavía la desorganización y dependencia de la fortaleza científica en relación a la sociedad mundana. Si "el Barón de Marivetz y Goussier, al tratar sobre el fuego en su célebre *Physique du Monde* (París, 1870), se obligaron y honraron de examinar cuarenta y seis teorías diferentes antes de proponer una buena, la suya", es porque su ciencia no rompió con su pasado, incluso el más balbuceante, por lo que, carente de una organización propia y de normas autónomas, la discusión científica está siempre concebida sobre el modelo de la conversación mundana (*La formation de l'esprit scientifique* [véase edic. esp.: *La formación*

contemporáneos de la sociología estarían indudablemente de acuerdo con Whitehead en que “una ciencia debe olvidar a sus fundadores”; esas síntesis difieren menos de lo que parece de las compilaciones medievales: el imperativo de la “acumulación”, al que manifiestamente se consagran, ¿es otra cosa, a menudo, que la reinterpretación, con referencia a otra tradición intelectual, del imperativo escolástico de la conciliación de los contrarios? Como lo señala E. Panofsky, los escolásticos “no podían dejar de advertir que las autoridades, y aun los diferentes pasajes de la Biblia, estaban frecuentemente en contradicción. No les quedaba otra cosa, entonces, que admitirlas a pesar de todo e interpretarlas y reinterpretarlas sin cesar hasta que estuviesen reconciliadas. Pues esto es lo que hacen los teólogos desde siempre”.²⁷ Tal es, en esencia, la lógica de una “teoría” que, como la de Talcott Parsons, no es más que la reelaboración indefinida de los elementos teóricos artificialmente extraídos de un cuerpo escogido de autoridades,²⁸ o bien la lógica de un *corpus* doctrinal, como la obra de Georges Gurvitch, que presenta, tanto en su tópica como en su procedimiento, todos los rasgos de las recolecciones canonistas medievales; vastas confrontaciones de autoridades contradictorias coronadas por las *concordantiae violentes* de las síntesis finales.²⁹ Nada se opone más totalmente a la razón arquitectónica de las grandes teorías sociológicas, que abarcan todas las teorías, todas las críticas teóricas e incluso todas las empirias, como la razón polémica, la que “por sus dialécticas y sus críticas” condujo a las teorías modernas de la física; y en consecuencia, todo separa el “sobre-objeto”, “resultado de una objetividad que no conserva del objeto sino lo que ha criticado”, del sub-objeto, nacido de las concesiones y compro-

del espíritu científico, Buenos Aires, Siglo XXI, 1972], *Contribution à une psychanalyse de la connaissance objective*, 4^a edic., Vrin, Paris, 1965, p. 27). Cfr. *infra*, G. Bachelard, texto n^o 43, p. 327.

²⁷ E. Panofsky, *Architecture gothique et pensée scolastique* (trad. P. Bourdieu), Edic. Minuit, Paris, 1967, p. 118.

²⁸ No es el aspecto menos artificial de una obra como *The Structure of Social Action* de T. Parsons el tratamiento que hace de las doctrinas clásicas para hacerlas confesar su acumulación.

²⁹ El tradicionalismo teórico quizá sobreviva por la oposición que encuentra en los practicistas más positivistas, incluso en lo que les oponen: ¿hay que recordar, con Politzer, que “no se puede, sea cual fuere la sinceridad de la intención y la voluntad de precisión, transformar la física de Aristóteles en física experimental?” (G. Politzer, *Critique des fondements de la psychologie*, Rieder, Paris, 1928 p. 6 [hay ed. esp.]).

misos en virtud de los cuales surgen los grandes imperios de las teorías con pretensiones universalistas [*G. Bachelard, texto nº 19*].

Dado que la naturaleza de las obras que la comunidad de sociólogos reconoce como teóricas y sobre todo la forma de relación a esas teorías que favorece la lógica de su transmisión (frecuentemente inseparable de la lógica de su producción), la ruptura con las teorías tradicionales y la típica relación con las mismas, no es más que un caso particular de la ruptura con la sociología espontánea: en efecto, cada sociólogo debe tener en cuenta los supuestos científicos que amenazan con imponerle sus problemáticas, sus temáticas, y sus esquemas de pensamiento. Así, por ejemplo, hay problemas que los sociólogos omiten plantear porque la tradición profesional no los reconoce dignos de ser tenidos en cuenta, no ofrece los instrumentos conceptuales o las técnicas que permitirían tratarlos canónicamente; inversamente, hay problemas que se exigen plantear porque ocupan un lugar destacado en la jerarquía consagrada de los temas de investigación. Asimismo, no hay denuncia ritual de las prenociones comunes que no termine rebajándose a una muy bien hecha prenoción escolar para desplazar del cuestionamiento las prenociones científicas.

Si es preciso emplear contra la teoría tradicional las mismas armas que contra la sociología espontánea, es porque las construcciones más complejas toman de la lógica del sentido común no sólo sus esquemas de pensamiento sino también su proyecto fundamental: como en efecto lo señala Bachelard, no han efectuado la "ruptura", que caracteriza "al verdadero espíritu científico moderno", con "la simple idea de orden y clasificación". Cuando Whitehead señala que la lógica clasificatoria, que se sitúa a mitad de camino entre la descripción del objeto concreto y la explicación sistemática que proporciona la teoría acabada, procede siempre de una "abstracción incompleta",³⁰ caracteriza correctamente las teorías de la acción social de aspiraciones universales que, como la de Parsons, no consiguen presentar las apariencias de generalidad y exhaustividad sino en la medida que utilizan esquemas "abstractos-concretos" totalmente análogos en su empleo y funcionamiento a los géneros y especies de una clasificación aristotélica. Y Robert K. Merton, con su teoría de la "teoría del alcance medio", puede renunciar a las ambiciones, insostenibles

³⁰ A. N. Whitehead, *Science and the Modern World*, Mentor Book, Nueva York, 1925, p. 34.

en la actualidad, de una teoría general del sistema social, sin por ello cuestionar los supuestos lógicos de esas empresas de clasificación y esclarecimiento conceptual basadas en fines más bien pedagógicos que científicos: el proceso de cruzamiento —de elevado título: “substrucción del espacio de atributos”— es sin duda tan frecuente en la sociología universitaria (piénsese en la tipología mertoniana de la anomia o en las diversas tipologías de múltiples dimensiones de la sociología de Gurvitch) que hace posible la interfecundación indefinida de gran parte de la descendencia de los conceptos escolares. Querer sumar todos los conceptos heredados por la tradición y todas las teorías consagradas, o pretender resumir todo lo que existe en una suerte de casuística de lo real a costa de esos ejercicios didácticos de taxonomía universal que, como dice Jevons, son características de la edad aristotélica de la ciencia social, “están condenadas a derrumbarse en cuanto aparecen las similitudes ocultas que encubren los fenómenos”,³¹ es desconocer que la verdadera acumulación supone rupturas, que el progreso teórico implica la integración de nuevos datos a costa de un enjuiciamiento crítico de los fundamentos de la teoría que aquéllos ponen a prueba. En otros términos, si es cierto que toda teoría científica se atiene a lo dado como a un código históricamente constituido y provisorio que se erige para una época en el principio soberano de una distinción inequívoca entre lo verdadero y lo falso, la historia de una ciencia es siempre discontinua porque el refinamiento de la clave de desciframiento no continúa nunca hasta el infinito sino que concluye siempre en la sustitución pura y simple de una clave por otra.

1-7. *Teoría del conocimiento sociológico y teoría del sistema social*

Una teoría no es ni el más grande común denominador de todas las grandes teorías del pasado ni, *a fortiori*, esa parte del discurso sociológico que se opone a la empiria escapando pura y sencillamente al control experimental; ya no es más la galería de las teorías canónicas en que éstas se reducen a la historia de la teoría, ni un sistema de conceptos que, al no reconocer otro criterio de científicidad que el de la coherencia semántica, se refiere a sí

³¹ W. S. Jevons, *The Principles of Science*, Mathuen, London, 1892, p. 691.

mismo en lugar de medirse en los hechos, ni tampoco esa suma de pequeños hechos verdaderos o de relaciones demostradas acá y allá por unos u otros de modo disperso, que no es otra cosa que la reinterpretación positivista del ideal tradicional de la *Summa sociológica*.³² La representación tradicional de la teoría y la representación positivista, que no asigna a la teoría otra función que la de representar tan completa, sencilla y exactamente como sea posible un conjunto de leyes experimentales, tienen en común el despojar a la teoría de su función primordial, que es la de asegurar la ruptura epistemológica y concluir en el principio que explique las contradicciones, incoherencias o lagunas y que sólo él hace surgir en el sistema de leyes establecido.

Pero las precauciones contra la renuncia teórica del empirismo no podrían sin embargo legitimar la intimación terrorista de los teóricos que, al excluir la posibilidad de teorías regionales, ahogan la investigación en la alternativa tipo todo o nada, del hiperempirismo puntillista o de la teoría universal y general del sistema social. Bajo la invocación de la urgencia de una teoría sociológica se confunden, en efecto, la insostenible exigencia de una teoría universal y general de las formaciones sociales con la inexorable demanda de una teoría del conocimiento sociológico. Hay que disipar esta confusión que las doctrinas sociológicas del siglo XIX fomentan, para reconocer la convergencia, evitando caer en el eclecticismo o el sincretismo de la tradición teórica, de los principios fundamentales que determinan la teoría del conocimiento sociológico de las grandes teorías clásicas como el fundamento de *teorías parciales*, limitadas a un orden definido de hechos. En las primeras frases de su introducción a los *Cambridge Economic Handbooks*, Keynes escribía: "La teoría económica no proporciona un cuerpo de conclusiones establecidas y de imme-

³² La comparación de las proposiciones consideradas como establecidas, presenta un interés evidente si se trata de proporcionar un medio cómodo de movilizar la información adquirida (cfr. B. Berelson y G. A. Steiner, *Human Behavior: An inventory of Scientific Findings*, Harcourt, Brace & World, Nueva York, 1964). Pero ante este tipo de compilación "mecánicamente empírica" de datos descontextualizados no podría ser presentado sin usurpación, según se lo hace a veces, como una teoría o como fragmento de una teoría futura, cuya realización está de hecho abandonada a las investigaciones también futuras. Asimismo, el trabajo teórico que consiste en probar la coherencia de un sistema de conceptos, incluso sin referencias a las investigaciones empíricas, tiene una función positiva, a condición, sin embargo, de que no se presente como la construcción misma de la teoría científica.

diato aplicables. Es un método más que una doctrina, un instrumento de la mente, una técnica de pensamiento que ayuda a quien esté dispuesto a sacar conclusiones correctas". La teoría del conocimiento sociológico, como sistema de normas que regulan la producción de todos los actos y de todos los discursos sociológicos posibles, y sólo de éstos, es el principio generador de las diferentes teorías parciales de lo social (ya se trate, por ejemplo, de la teoría de los intercambios matrimoniales o de la teoría unitaria de la difusión cultural), y por ello el principio unificador del discurso propiamente sociológico que hay que cuidarse de confundir con una teoría unitaria de lo social.³³ Como lo señala Michael Polanyi, "si se considera a la ciencia de la naturaleza como un conocimiento de cosas y se diferencia la ciencia del conocimiento de la ciencia, es decir la metaciencia, se desemboca en la distinción de tres niveles lógicos: los objetos de la ciencia, la ciencia misma y la metaciencia, que incluye la lógica y la epistemología de la ciencia".³⁴ Confundir la teoría del conocimiento sociológico que es del orden de la metaciencia, con las teorías parciales de lo social que implican a los principios de la metaciencia sociológica en la organización sistemática de un conjunto de relaciones y de principios explicativos de esas relaciones, es condenarse, ya sea a la renuncia a hacer ciencia, esperando una teoría de la metaciencia que remplace a la ciencia, ya sea a considerar una síntesis necesariamente vacía de teorías generales (o incluso de teorías parciales) de lo social por metaciencia, que es la condición de todo conocimiento científico posible.

³³ La definición social de las relaciones entre la teoría y la práctica, que tiene afinidades con la oposición tradicional entre las tareas nobles del científico y la minuciosa paciencia del artesano y, por lo menos en Francia, con la oposición escolar entre el brillante y el serio, se refleja tanto en la reticencia en reconocer la teoría cuando se encarna en una investigación parcial como en la dificultad de actualizarla en la investigación.

³⁴ M. Polanyi, *Personal Knowledge*, Routledge and Kegan Paul, London, 1958, p. 344.

SEGUNDA PARTE

LA CONSTRUCCIÓN DEL OBJETO

II. EL HECHO SE CONSTRUYE: LAS FORMAS DE LA RENUNCIA EMPIRISTA

“El punto de vista —dice Saussure— crea el objeto.” Es decir que una ciencia no podría definirse por un sector de lo real que le correspondería como propio. Como lo señala Marx, “la totalidad concreta, como totalidad del pensamiento, como un concreto del pensamiento es, *in fact*, un producto del pensamiento y de la concepción [. . .]. El todo, tal como aparece en la mente, como todo del pensamiento, es un producto de la mente que piensa y que se apropia el mundo del único modo posible, modo que difiere de la apropiación de ese mundo en el arte, la religión, el espíritu práctico. El sujeto real mantiene, antes como después, su autonomía fuera de la mente [. . .]”¹ [*K. Marx, texto n° 20*]. Es el mismo principio epistemológico, instrumento de la ruptura con el realismo ingenuo, que formula Max Weber: “No son —dice Max Weber— las relaciones reales entre «cosas» lo que constituye el principio de delimitación de los diferentes campos científicos sino las relaciones conceptuales entre problemas. Sólo allí donde se aplica un método nuevo a nuevos problemas y donde, por lo tanto, se descubren nuevas perspectivas nace una «ciencia» nueva”² [*Max Weber, texto n° 21*].

Incluso si las ciencias físicas permiten a veces la división en sub-unidades determinadas, como la selenografía o la oceanografía, por la yuxtaposición de diversas disciplinas referidas a un mismo

¹ Karl Marx, *Introduction générale à la critique de l'économie politique* (trad. M. Rubel y L. Evrard), en *Obras*, t. I, Gallimard, París, 1965, pp. 255-256. En castellano véase Karl Marx, *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política*, vol. I, Buenos Aires, Siglo XXI, 1971, p. 22.

² M. Weber, *Essais sur la théorie de la science*, op. cit., p. 146.

sector de lo real, es sólo con fines pragmáticos: la investigación científica se organiza de hecho en torno de objetos contruidos que no tienen nada en común con aquellas unidades delimitadas por la percepción ingenua. Pueden verse los lazos que atan aún la sociología científica a las categorías de la sociología espontánea en el hecho de que a menudo se dedica a clasificaciones por sectores aparentes, por ejemplo, sociología de la familia, sociología del tiempo libre, sociología rural o urbana, sociología de la juventud o de la vejez. En general, la epistemología empirista concibe las relaciones entre ciencias vecinas, psicología y sociología por ejemplo, como conflictos de límites, porque se imagina la división científica del trabajo como división real de lo real.

Es posible ver en el principio durkheimiano según el cual “hay que considerar los hechos sociales como cosas” (se debe poner el acento en “considerar como”) el equivalente específico del golpe de estado teórico por el cual Galileo construye el objeto de la física moderna como sistema de relaciones cuantificables, o de la decisión metodológica por la cual Saussure otorga a la lingüística su existencia y objeto distinguiendo la lengua de la palabra: en efecto, es una distinción semejante la que formula Durkheim cuando, *explicitando totalmente* la significación epistemológica de la regla cardinal de su método, afirma que ninguna de las reglas implícitas que incluyen los sujetos sociales “se encuentra íntegramente en las aplicaciones que de ellas hacen los particulares, ya que incluso pueden estar sin que las apliquen en acto”.³ El segundo prefacio de *Las reglas* dice claramente que se trata de precisar una actitud mental y no de asignar al objeto un *status* ontológico [*Émile Durkheim, texto n° 22*]. Y si esta suerte de tautología, por la cual la ciencia se construye construyendo su objeto contra el sentido común —siguiendo los principios de construcción que la definen—, no se impone por su sola evidencia, es porque nada se opone más a las evidencias del sentido común que la diferencia entre objeto “real”, preconstruido por la percepción y objeto científico, como sistema de relaciones expresamente construido.⁴

³ Émile Durkheim. *Les règles de la méthode sociologique*, 2ª edic. revisada y aumentada, F. Alcan, Paris, 1901; citado según la 15ª ed. de PUF, Paris, 1963, p. 9. [Hay ed. esp.: *Las reglas del método sociológico*, Buenos Aires, Schapire, 1973.]

⁴ Es, sin duda, porque la situación de comienzo o de recomienzo se cuenta entre las más favorables a la explicitación de los principios de construcción que

No es posible ahorrar esfuerzos en la tarea de construir el objeto si no se abandona la investigación de esos objetos preconstruidos, hechos sociales demarcados, percibidos y calificados por la sociología espontánea,⁵ o "problemas sociales" cuya aspiración a existir como problemas sociológicos es tanto más grande cuanto más realidad social tienen para la comunidad de sociólogos.⁶ No basta multiplicar el acoplamiento de criterios tomados de la experiencia común (piénsese en todos esos temas de investigación del tipo "el ocio de los adolescentes de un complejo urbanístico en la zona este de la periferia de París") para construir un objeto que, producto de una serie de divisiones reales, permanece como un objeto común y no accede a la dignidad de objeto científico justamente porque se somete a la aplicación de técnicas científicas. Sin duda que Allen H. Barton y Paul F. Lazarsfeld tienen razón cuando señalan que expresiones tales como "consumo opulento" o "White-collar crime" construyen objetos específicos que, irreductibles a los objetos comunes, toman en consideración hechos conocidos, los que por el simple efecto de aproximación, adquieren un sentido nuevo;⁷ pero la necesidad de construir denominaciones específicas que, aun compuestas con palabras del vocabulario común, construyen nuevos objetos al establecer nuevas relaciones

caracterizan a una ciencia, que la argumentación polémica desplegada por los durkheimistas para imponer el principio de la especificidad de los hechos sociales" conserva, aun hoy, un valor que no es sólo arqueológico.

⁵ Muchos sociólogos principiantes obran como si bastara darse un objeto dotado de realidad social para poseer, al mismo tiempo, un objeto dotado de realidad sociológica: dejando a un lado las innumerables monografías de aldea, podrían citarse todos esos temas de investigación que no tienen otra problemática que la pura y simple *designación* de grupos sociales o de problemas percibidos por la conciencia común, en un momento dado.

⁶ No es casualidad si sectores de la sociología, como por ejemplo el estudio de los medios de comunicación modernos o del tiempo libre, son los más permeables a las problemáticas y esquemas de la sociología espontánea: además de que esos objetos existen ya en tanto que temas obligados de la conversación común sobre la sociedad moderna, deben su carga ideológica al hecho que es con el mismo que se relaciona el intelectual cuando estudia la relación de las clases populares con la cultura. La relación del intelectual con la cultura encierra todo el problema de su relación con la condición de intelectual, nunca tan dramáticamente planteada como en el problema de su relación con las clases populares como clases desprovistas de cultura.

⁷ A. H. Barton y P. F. Lazarsfeld, "Some Functions of Qualitative Analysis in Social Research", en S. M. Lipset y N. J. Smelser (eds.), *Sociology: The Progress of a Decade*, Prentice Hall, Englewood Cliffs (N.J.), 1961, pp. 91-122.

entre los aspectos de las cosas no es más que un indicio del primer grado de la ruptura epistemológica con los objetos preconstruidos de la sociología espontánea. En efecto, los conceptos que pueden superar a las nociones comunes no conservan aisladamente el poder de resistir sistemáticamente a la implacable lógica de la ideología: al rigor analítico y formal de los conceptos llamados "operatorios" se opone el rigor sintético y real de los conceptos que se han llamado "sistemáticos" porque su utilización supone la referencia permanente al sistema total de sus interrelaciones.⁸ Un objeto de investigación, por más parcial y parcelario que sea, no puede ser definido y construido sino en función de una *problemática teórica* que permita someter a un sistemático examen todos los aspectos de la realidad puestos en relación por los problemas que le son planteados.

II-1. "Las abdicaciones del empirismo"

En la actualidad se coincide demasiado fácilmente con toda la reflexión tradicional sobre la ciencia, en el sentido de que no hay observación o experimentación que no impliquen hipótesis. La

⁸ Los conceptos y proposiciones definidos exclusivamente por su carácter "operatorio" pueden no ser más que la formulación lógicamente irreprochable de premoniciones y, por este motivo, son a los conceptos sistemáticos y proposiciones teóricas lo que el objeto pre-construido es al objeto construido. Al poner el acento exclusivamente en el carácter operacional de las definiciones, se corre el peligro de tomar una simple terminología clasificatoria, como hace S. C. Dodd (*Dimensions of Society*, New York, 1942, u "Operational Definitions Operationally Defined", *American Journal of Sociology*, XLVIII, 1942-1943, pp. 482-489) por una verdadera teoría, abandonando para una investigación ulterior el problema de la sistematicidad de los conceptos propuestos y aun de su fecundidad teórica. Como lo subraya C. G. Hempel, privilegiando las "definiciones operacionales" en detrimento de las exigencias teóricas, "la literatura metodológica consagrada a las ciencias sociales tiende a sugerir que la sociología tendría que proveerse, para preparar su porvenir de disciplina científica, de una amplia como posible gama de términos "operacionalmente definidos" y "de un empleo constante y unívoco", como si la formación de los conceptos científicos pudiera ser separada de la elaboración teórica. Es la formulación de sistemas conceptuales dotados de una pertinencia teórica lo que se emplea en el progreso científico: tales formulaciones exigen el descubrimiento teórico cuyo imperativo empirista u operacionalista de la pertinencia empírica [...] no podría darse por sí solo (C. G. Hempel, *Fundamentals of Concept Formation in Empirical Research*, University of Chicago Press, Chicago, London, 1952, p. 47).

definición del proceso científico como diálogo entre hipótesis y experiencia, sin embargo, puede rebajarse a la imagen antropomórfica de un intercambio en que los dos socios asumirían roles perfectamente simétricos e intercambiables; pero no hay que olvidar que lo real no tiene nunca la iniciativa puesto que sólo puede responder si se lo interroga. Bachelard sostenía, en otros términos, que el “vector epistemológico [...] va de lo racional a lo real y no a la inversa, de la realidad a lo general, como lo profesaban todos los filósofos desde Aristóteles hasta Bacon” [*Gaston Bachelard, texto nº 23*].

Si hay que recordar que “la teoría domina al trabajo experimental desde la misma concepción de partida hasta las últimas manipulaciones de laboratorio”,⁹ o aún más que “sin teoría no es posible ajustar ningún instrumento ni interpretar una sola lectura”¹⁰ es porque la representación de la experiencia como protocolo de una comprobación libre de toda implicación teórica deja traslucir en miles de indicios, por ejemplo en la convicción, todavía muy extendida, de que existen hechos que podrían trascender tal como son a la teoría para la cual y por la cual fueron creados. Sin embargo, el desafortunado destino de la noción de totemismo (que Lévi-Strauss compara al de histeria) bastaría para destruir la creencia en la inmortalidad científica de los hechos: una vez abandonada la teoría que los unía, los hechos del totemismo vuelven a su estado de datos de donde una teoría los había sacado por un tiempo y de donde otra teoría no podrá sacarlos más que confiéndoles otro sentido.¹¹

Basta haber intentado una vez someter al análisis secundario un material recogido en función de otra problemática, por aparentemente neutral que se muestre, para saber que los *data* más ricos no podrían nunca responder completa y adecuadamente a los interrogantes para los cuales y por los cuales no han sido construidos. No se trata de impugnar por principio la validez de la utilización de un material de segunda mano sino de recordar las condiciones epistemológicas de ese trabajo de *retraducción*, que se refiere siempre a hechos construidos (bien o mal) y no a datos. Tal trabajo de interpretación, del cual Durkheim dio ya el ejemplo en *El suicidio*, podría constituir la mejor incitación a la

⁹ K. R. Popper, *The Logic of Scientific Discovery*, op. cit., p. 107.

¹⁰ P. Duhem, *La théorie physique*, op. cit., p. 277.

¹¹ Claude Lévi-Strauss, *Le totemisme aujourd'hui*, PUF, París, 1962, p. 7 [hay ed. esp.].

vigilancia epistemológica en la medida en que exige una explicación metódica de las problemáticas y principios de construcción del objeto que están comprendidos tanto en el material como en el nuevo tratamiento que se le aplica. Los que esperan milagros de la tríada mítica, *archivos, data y computers* desconocen lo que separa a esos objetos preconstruidos llamados hechos científicos (recogidos por el cuestionario o por el inventario etnográfico) de los objetos reales que conservan los museos y que, por su "excedente concreto", ofrecen a la indagación posterior la posibilidad de construcciones indefinidamente renovadas. Al no tener en cuenta esos *preliminares epistemológicos*, se está expuesto a considerar de modo diferente lo idéntico e identificar lo diferente, a comparar lo incomparable y a omitir comparar lo comparable por el hecho de que en sociología los "datos", aun los más objetivos, se obtienen por la aplicación de estadísticas (cuadros de edad, nivel de ingresos, etc.) que implican supuestos teóricos y por lo mismo dejan escapar información que hubiera podido captar otra construcción de los hechos.¹² El positivismo, que considera los hechos como datos, se limita ya sea a reinterpretaciones inconsecuentes, porque éstas se desconocen como tales, ya sea a simples confirmaciones obtenidas en condiciones técnicas tan semejantes como sea posible: en todos los casos efectúa la reflexión metodológica sobre las condiciones de reiterabilidad como un sustituto de la reflexión epistemológica sobre la reinterpretación secundaria.

Sólo una imagen mutilada del proceso experimental puede hacer de la "subordinación a los hechos" el imperativo único. Especialista de una ciencia impugnada, el sociólogo está particularmente inclinado a reafirmar el carácter científico de su disciplina sobrevalorando los aportes que ella ofrece a las ciencias de la naturaleza. Reinterpretado según una lógica que no es otra que la de la herencia cultural, el imperativo científico de la subordinación al hecho desemboca en la renuncia pura y simple ante el dato. A esos practicistas de las ciencias del hombre que tienen una fe poco común en lo que Nietzsche llamaba "el dogma de la inmaculada percepción", es preciso recordarles, con Alexandre Koyré, que "la experiencia, en el sentido de experiencia bruta, no

¹² Cfr. P. Bourdieu y J. C. Passeron, "La comparabilité des systèmes d'éducation", en R. Castel y J. C. Passeron (eds.), *Éducation, démocratie et développement*, Cahiers du Centre de Sociologie Européenne, n° 4, Mouton, Paris, La Haya, 1967, pp. 20-58.

desempeñó ningún rol, como no fuera el de obstáculo en el nacimiento de la ciencia clásica".¹³

Ocurre, en efecto, como si el empirismo radical propusiera como ideal al sociólogo anularse como tal. La sociología sería menos vulnerable a las tentaciones del empirismo si bastase con recordarle, como decía Poincaré, que "los hechos no hablan". Quizá la maldición de las ciencias del hombre sea la de ocuparse de *un objeto que habla*. En efecto, cuando el sociólogo quiere sacar de los hechos la problemática y los conceptos teóricos que le permitan construirlos y analizarlos, siempre corre el riesgo de sacarlos de la boca de sus informantes. No basta con que el sociólogo escuche a los sujetos, registre fielmente sus palabras y razones, para explicar su conducta y aun las justificaciones que proponen: al hacer esto, corre el riesgo de sustituir lisa y llanamente a sus propias prenociones por las prenociones de quienes estudia o por una mezcla falsamente científica y falsamente objetiva de la sociología espontánea del "científico" y de la sociología espontánea de su objeto.

Obligarse a mantener —para indagar lo real o los métodos de cuestionamiento de lo real— aquellos elementos creados en realidad por una indagación que se desconoce y se niega como tal, es sin duda la mejor manera de estar expuesto, negando que la comprobación supone la construcción, a comprobar una nada que se ha construido a pesar de todo. Podrían darse cientos de ejemplos en que, creyendo sujetarse a la neutralidad al limitarse a sacar del discurso de los sujetos los elementos del cuestionario, el sociólogo propone, al juicio de éstos, juicios formulados por otros sujetos y termina por clasificarlos en relación a juicios que él mismo no sabe clasificar o a tomar por expresión de una actitud profunda juicios superficialmente provocados por la necesidad de responder a preguntas innecesarias. Todavía más: el sociólogo que niega la construcción controlada y consciente de su distancia a lo real y de su acción sobre lo real, puede no sólo imponer a los sujetos preguntas que su experiencia no les plantea y omitir las que en efecto surgen de aquéllas, sino incluso plantearles, con toda ingenuidad, las preguntas que sus propios propósitos le plantean, mediante una confusión positivista entre las preguntas que surgen objetivamente

¹³ A. Koyré, *Études Galiléennes*, 1. *A l'aube de la science classique*, Hermann, París, 1940, p. 7. Y agrega: "Las «experiencias» de las que se reclama o habrá de reclamarse más tarde Galileo, aun las que ejecuta realmente, no son ni habrán de ser nunca más que experiencias de pensamiento" (*ibid.*, p. 72).

y aquellas que se plantean conscientemente. El sociólogo no sabe qué hacer cuando, desorientado por una falsa filosofía de la objetividad, se propone anularse en tanto tal.

No hay nada más sorprendente que el hiperempirismo, que renuncia al deber y al derecho de la construcción teórica en provecho de la sociología espontánea y reencuentra la filosofía espontánea de la acción humana como expresión de una deliberación consciente y voluntaria, transparente en sí misma: numerosas encuestas de motivaciones (sobre todo retrospectivas) suponen que los sujetos puedan guardar en algún momento la verdad objetiva de su comportamiento (y que conservan continuamente una memoria adecuada), como si la representación que los sujetos se hacen de sus decisiones o de sus acciones no debiera nada a las racionalizaciones retrospectivas.¹⁴ Se pueden y se deben, sin duda, recoger los discursos más irreales, pero a condición de ver en ellos no la explicación del comportamiento sino un aspecto del mismo que debe explicarse. Cada vez que el sociólogo cree eludir la tarea de construir los hechos en función de una problemática teórica, es porque está dominado por una construcción que se desconoce y que él desconoce como tal, recogiendo al final nada más que los discursos ficticios que elaboran los sujetos para enfrentar la situación de encuestado y responder a preguntas artificiales o incluso al artificio por excelencia como es la ausencia de preguntas. Cuando el sociólogo renuncia al privilegio epistemológico es para caer siempre en la sociología espontánea.

11-2. *Hipótesis o supuestos*

Sería fácil demostrar que toda práctica científica, incluso y sobre todo cuando obcecadamente invoca el empirismo más radical, implica supuestos teóricos y que el sociólogo no tiene más alternativa que moverse entre interrogantes inconscientes, por tanto incontroladas e incoherentes, y un cuerpo de hipótesis metódica-

¹⁴ La noción de opinión sin duda debe su éxito, práctico y teórico, a que concentra todas las ilusiones de la filosofía atomística del pensamiento y de la filosofía espontánea de las relaciones entre el pensamiento y la acción, comenzando por el rol privilegiado de la expresión verbal como indicador de las disposiciones en acto. Nada hay de sorprendente entonces si los sociólogos que ciegamente confían en los sondeos se exponen continuamente a confundir las declaraciones de acción, o peor aún las declaraciones de intención con las probabilidades de acción.

mente construidas con miras a la prueba experimental. Negar la formulación explícita de un cuerpo de hipótesis basadas en una teoría, es condenarse a la adopción de supuestos tales como las prenociones de la sociología espontánea y de la ideología, es decir los problemas y conceptos que se tienen en tanto sujeto social cuando no se los quiere tener como sociólogo. De este modo Elihu Katz demuestra cómo los autores de la encuesta publicada bajo el título *The People's Choice* no pudieron encontrar en una investigación basada en una prenoción, la de "masa" como público atomizado de receptores, los medios de captar empíricamente el fenómeno más importante en materia de difusión cultural, a saber el "flujo en dos tiempos" (*Two-step flow*), que no podía ser establecido sino a costa de una ruptura con la representación del público como masa desprovista de toda estructura¹⁵ [E. Katz, *texto n° 24*].

Aun cuando se liberara de los supuestos de la sociología espontánea, la práctica sociológica, sin embargo, no podría realizar nunca el ideal empirista del registro sin supuestos, aunque más no fuera por el hecho de que utiliza instrumentos y técnicas de registro. "Establecer un dispositivo con miras a una medición, es plantear una pregunta a la naturaleza", decía Max Planck. La medida y los instrumentos de medición y en general todas las operaciones de la práctica sociológica, desde la elaboración de los cuestionarios y la codificación hasta el análisis estadístico, son otras tantas teorías en acto, en calidad de procedimientos de cons-

¹⁵ E. Katz, "The Two-Step Flow of Communication: An Up-to-date Report on an Hypothesis", *Public Opinion Quarterly*, vol. 21, Spring 1957, pp. 61-78: "De todas las ideas expuestas en *The People's Choice*, la hipótesis del flujo en dos tiempos es probablemente la menos apoyada en datos empíricos. La razón de ello es clara: el proyecto de investigación no anticipaba la importancia que revistirían en el análisis de datos las relaciones interpersonales. Dado que la imagen de un público atomizado inspiraba tantas indagaciones sobre las *mass media*, lo más sorprendente es que las redes de influencia interpersonales pudieran llamar, por poco que sea, la atención de los investigadores". Para medir con qué fuerza una técnica puede excluir un aspecto del fenómeno, basta saber cómo, con otras problemáticas y otras técnicas, los sociólogos rurales y los etnólogos captaron desde tiempo atrás la lógica del *two-step-flow*. Los ejemplos de estos descubrimientos que hay que redescubrir abundan: es así como A. H. Barton y P. F. Lazarsfeld recuerdan que el problema de los "grupos informales", de los que hace mucho tiempo eran conscientes otros sociólogos, sólo aparecieron tardíamente y como un "descubrimiento sorprendente" a los investigadores de la Western Electric; cfr. "Some Functions of Qualitative Analysis in Social Research" (*loc. cit.*).

trucción, conscientes o inconscientes, de los hechos y de las relaciones entre los hechos. La teoría implícita en una práctica, teoría del conocimiento del objeto y teoría del objeto, tiene tanto más posibilidades de no ser controlada, y por tanto inadecuada al objeto en su especificidad, cuanto es menos consciente. Al llamar metodología, como a menudo se hace, a lo que no es sino un decálogo de preceptos tecnológicos, se escamotea la cuestión metodológica propiamente dicha, la de la opción entre las técnicas (métricas o no) referentes a la significación epistemológica del tratamiento que las técnicas escogidas hacen experimentar al objeto y a la significación teórica de los problemas que se quieren plantear al objeto al cual se las aplica.

Por ejemplo, una técnica aparentemente tan irreprochable e inevitable como la de muestreo al azar puede aniquilar completamente el objeto de la investigación, cada vez que este objeto debe algo a la estructura de grupos que el muestreo al azar tiene justamente por resultado aniquilar. Así, Elihu Katz señala que "para estudiar esos canales del flujo de influencia, que son los contactos entre individuos, el proyecto de investigación se ha revelado como inoperante por el hecho de que recurriría a un muestreo al azar de individuos abstraídos de su medio social [...]. Cada individuo de un muestreo al azar no puede hablar más que por sí mismo, y los *leaders* de opinión, en el padrón electoral de 1940, no podían ser identificados sino dando fe de su declaración". Y subraya, además, que esta técnica "no permite comparar los *leaders* con sus seguidores respectivos, sino sólo los *leaders* y los no *leaders* en general".¹⁶ Puede verse cómo la técnica aparentemente más neutral contiene una teoría implícita de lo social, la de un público concebido como una "masa atomizada", es decir, en este caso, la teoría consciente o inconscientemente asumida en la investigación que, por una suerte de armonía preestablecida, se usaba con esta técnica.¹⁷ Otra teoría del objeto, y al mismo tiempo otra definición

¹⁶ E. Katz, *loc. cit.* p. 64.

¹⁷ C. Kerr y L. H. Fisher muestran que así como, en las investigaciones de la escuela de E. Mayo, la técnica y los supuestos son afines, la observación cotidiana de los contactos cara a cara y de las relaciones interpersonales dentro de la empresa implica la convicción dudosa que "el pequeño grupo de trabajo es la célula esencial en la organización de la empresa y que este grupo y sus miembros obedecen sustancialmente a determinaciones afectivas" [...]. "El sistema de Mayo deriva de dos opciones esenciales. Una vez cumplidas todo está dado, los métodos, el campo de interés, las prescripciones prácticas, los problemas reservados para la investigación" (y en particular) "la indife-

de los objetivos de la investigación, habría recurrido al uso de otra técnica de muestreo, por ejemplo el sondeo por sectores: registrando el conjunto de miembros de ciertas unidades sociales extraídas al azar (un establecimiento industrial, una familia, un pueblo), se procura el medio de estudiar la red completa de relaciones de comunicación que pueden establecerse en el interior de esos grupos, comprendiendo que el método, particularmente adecuado al caso estudiado, tiene tanto menos eficacia cuanto más homogéneo es el sector y que el fenómeno del cual se quieren estudiar sus variaciones depende más del criterio según el cual está definido ese sector. Son todas las operaciones estadísticas que es preciso someter a la interrogación epistemológica: "A la mejor estadística (como a la menos buena también) no hay que exigirle ni hacerle decir más que lo que dice, y del modo y bajo las condiciones en que lo dice".¹⁸ Para obedecer verdaderamente al imperativo que formula Simiand y para no hacer decir a la estadística otra cosa que lo que dice, hay que preguntarse en cada caso lo que dice y puede decir, en qué límites y bajo qué condiciones [*F. Simiand, texto nº 25*].

11-3. *La falsa neutralidad de las técnicas: objeto construido o artefacto*

El imperativo de la "neutralidad ética" que Max Weber oponía a la ingenuidad moralizante de la filosofía social tiende a transformarse hoy en un mandamiento rutinizado del catecismo sociológico. Si se creyera en las representaciones más chatas del precepto weberiano, bastaría precaverse de la parcialidad afectiva e incitaciones ideológicas sobre la significación de los conceptos y la pertinencia de las técnicas. La ilusión de que las operaciones "axiológicamente neutras" son también "epistemológicamente neutras" limita la crítica del trabajo sociológico, el suyo o el de otros, al examen, casi siempre fácil y estéril, de sus supuestos ideológicos y al de sus valores últimos. La discusión sin fin sobre la "neutra-

encia a los problemas de clase, de ideología, de poder" ("Plant Sociology: The Elite and the Aborigines", en M. Komarovsky ed. *Common Frontiers of the Social Sciences*, The Free Press, Glencoe, Illinois, 1957, pp. 281-309).

¹⁸ F. Simiand, *Statistique et expérience, remarques de méthode*, M. Rivière, París, 1922, p. 24.

alidad axiológica” se utiliza a menudo como sustituto de la discusión propiamente epistemológica sobre la “neutralidad metodológica” de las técnicas y, por esa razón, proporciona una nueva garantía a la ilusión positivista. Por un efecto de *desplazamiento*, el interés por los supuestos éticos y por los valores o fines últimos es un apartarse del examen crítico de la teoría del conocimiento sociológico que está implicada en los actos más elementales de la práctica.

Por ejemplo, ¿no es porque se presenta como la realización paradigmática de la neutralidad en la observación el que, entre todas las técnicas de recolección de datos, la entrevista no dirigida se la sobrevalora frecuentemente, en detrimento de la observación etnográfica que, cuando emplea normas obligadas por la tradición, realiza más completamente el ideal del inventario sistemático efectuado en una situación real? Es posible sospechar de las razones del favor que goza esta técnica cuando se observa que ni los “teóricos” ni los metodólogos y ni siquiera los usuarios del instrumento, nada mezquinos sin embargo en cuanto a consejos y consignas, se pusieron jamás a interrogarse metódicamente sobre las distorsiones específicas que produce una relación social tan profundamente artificial: cuando no se controlan sus supuestos implícitos y se enfrenta con sujetos sociales igualmente predispuestos a hablar libremente de cualquier cosa, ante todo de ellos mismos, e igualmente dispuestos a adoptar una relación forzada e intemperante a la vez con el lenguaje, la entrevista no dirigida que rompe la reciprocidad del diálogo habitual (por otra parte no exigible por igual en cualquier medio y situación) incita a los sujetos a producir un *artefacto* verbal, por lo demás desigualmente artificial según la distancia entre la relación con el lenguaje favorecido por su clase social y la relación artificial con el lenguaje que se exige de ellos. Olvidar el cuestionamiento de las técnicas formalmente más neutras significa no advertir, entre otras cosas, que las técnicas de encuesta son también técnicas de sociabilidad socialmente calificadas [L. Schatzmann y A. Strauss, *texto n° 26*]. La observación etnográfica, que es a la experimentación social lo que la observación de los animales en su medio natural es a la experimentación en laboratorio, hace notar el carácter ficticio y forzado de la mayor parte de las situaciones sociales creadas por un ejercicio rutinario de la sociología que llega a desconocer tanto más la “reacción de laboratorio” cuanto que sólo conoce el laboratorio y sus instrumentos, tests o cuestionarios.

En tanto no hay registro perfectamente ñeutral no existe una pregunta neutral. El sociólogo que no somete sus propias interrogaciones a la interrogación sociológica no podría hacer un análisis verdaderamente neutral de las respuestas que provoca. Sea una pregunta tan unívoca en apariencia como: "¿trabajó usted hoy?". El análisis estadístico demuestra que provoca respuestas diferentes de parte de los campesinos de Cabila o del sur argelino, los cuales si se refirieran a una definición "objetiva" del trabajo, es decir a la definición que una economía moderna tiende a dar de los agentes económicos, debieran dar respuestas semejantes. Sólo a condición de que se interrogue sobre su propia pregunta, en lugar de pronunciarse precipitadamente por lo absurdo o la mala fe de las respuestas, el sociólogo tiene alguna posibilidad de descubrir que la definición de trabajo que implica su pregunta está desigualmente alejada de aquella que las dos categorías de sujetos dan en sus respuestas.¹⁹ Puede verse cómo una pregunta que no es transparente para el que la hace puede oscurecer el objeto que inevitablemente construye, incluso si la misma no ha sido hecha para construirlo [*J. H. Goldthorpe y D. Lockwood, texto n.º 27*]. Dado que se puede preguntar cualquier cosa a cualquiera y que casi siempre alguien tiene buena voluntad para responder cuando menos algo a cualquier pregunta, aun la más irreal, si quien interroga, carente de una teoría del cuestionario, no se plantea el problema del significado específico de sus preguntas, corre el peligro de encontrar con demasiada facilidad una garantía del realismo de sus preguntas en la realidad de las respuestas que recibe:²⁰ interrogar, como lo hace D. Lerner, a subproletarios de países subdesarrollados sobre la inclinación a proyectarse en sus héroes cinematográficos preferidos, cuando no respecto de la lectura de la prensa, es estar expuesto evidentemente a recoger un *flatus vocis* que no tiene otra significación que

¹⁹ P. Bourdieu, *Travail et travailleurs en Algérie*, 2ª parte, Mouton, Paris, La Haya, 1962, pp. 303-304.

²⁰ Si el análisis secundario de los documentos proporcionados por la encuesta más ingenua es casi siempre posible, y legítimo, es porque resulta muy raro que los sujetos interrogados respondan verdaderamente cualquier cosa y no revelen algo en sus respuestas de lo que son: se sabe por ejemplo que las no-respuestas y negarse a responder pueden ser interpretados en sí mismos. Sin embargo, la recuperación del sentido que contienen, a pesar de todo, suponen un trabajo de rectificación, aunque más no fuera para saber cuál es la pregunta a la que verdaderamente respondieron y que no es necesariamente la que se les ha planteado.

la que le confiere el sociólogo tratándolos como un discurso signifi-
ficante.²¹ Siempre que el sociólogo es inconsciente de la proble-
mática que incluye en sus preguntas, se impide la comprensión de
aquella que los sujetos incluyen en sus respuestas: las condiciones
están dadas, entonces, para que pase inadvertido el equívoco que
lleva a la descripción, en términos de ausencia, de las realidades
ocultadas por el instrumento mismo de la observación y por la
intención, socialmente condicionada, de quien utiliza el instru-
mento.

El cuestionario más cerrado no garantiza necesariamente la
univocidad de las respuestas por el solo hecho de que someta todos
los sujetos a preguntas formalmente idénticas. Suponer que la
misma pregunta tiene el mismo sentido para sujetos sociales dis-
tanciados por diferencias de cultura pero unidos por pertenecer
a una clase, es desconocer que las diferentes lenguas no difieren
sólo por la extensión de su léxico o su grado de abstracción sino
por la temática y problemática que transmiten. La crítica que hace
Maxime Chastaing del “sofisma del psicólogo” es pertinente siem-
pre que se desconoce el problema de la significación diferencial
que las preguntas y las respuestas asumen realmente según la
condición y la posición social de las personas interrogadas: “El
estudiante que confunde su perspectiva con la de los niños estu-
diados recoge su propia perspectiva en el estudio en que cree obte-
ner la de los niños [. . .]. Cuando pregunta: «¿Trabajar y jugar
es la misma cosa? ¿Qué diferencia hay entre trabajo y juego?»,
impone, por los sustantivos que su pregunta contiene, la diferen-
cia adulta que pareciera cuestionar [. . .]. Cuando el encuestador
clasifica las respuestas —no según las palabras que las constituyen
sino de acuerdo con el sentido que les daría si el mismo las hubiera
dado— en los tres órdenes del juego-facilidad, juego-inutilidad y

²¹ D. Lerner, *The Passing of Traditional Society*, The Free Press of
Glencoe, Nueva York, 1958. Sin entrar en una crítica sistemática de los supues-
tos ideológicos implicados en un cuestionario, que de 117 preguntas sólo contenía
dos referentes al trabajo y al status económico (contra 87 sobre las *mass media*,
cine, diarios, radio, televisión) puede observarse que una teoría que tome en
cuenta las condiciones objetivas de existencia del sub-proletario y, en particular,
la inestabilidad generalizada que lo caracteriza, puede explicar la aptitud del
sub-proletario de imaginarse almacenero o periodista, y aun de la particular
modalidad de esas “proyecciones”, en tanto que la “teoría de la moderniza-
ción”, que propone Lerner, es impotente para explicar la relación que el sub-
proletario mantiene con su trabajo o el porvenir. Aunque brutal y grosero,
parece que este criterio permite distinguir un instrumento ideológico, condenado
a producir un simple *artefacto*, de un instrumento científico.

juego-libertad, obliga a los pensamientos infantiles a entrar en esos compartimientos filosóficos".²² Para escapar a este etnocentrismo lingüístico, no basta, como se ha visto, someter al análisis de contenido las palabras obtenidas en la entrevista no dirigida, a riesgo de dejarse imponer las nociones y categorías de la lengua empleada por los sujetos: no es posible liberarse de las pre-construcciones del lenguaje, ya se trate del perteneciente al científico o del de su objeto, más que estableciendo la dialéctica que lleva a construcciones adecuadas por la confrontación metódica de dos sistemas de pre-construcciones ²³ [C. Lévi-Strauss, M. Mauss, B. Malinowski, *textos nºs. 28, 29 y 30*].

No se han sacado todas las consecuencias metodológicas del hecho de que las técnicas más clásicas de la sociología empírica están condenadas, por su misma naturaleza, a crear situaciones de experimentación ficticias esencialmente diferentes de las experimentaciones sociales que continuamente produce la evolución de la vida social. Cuanto las conductas y actitudes estudiadas más dependen de la coyuntura, la investigación, en la coyuntura particular que permite la situación de encuesta, está más expuesta a captar sólo las actitudes u opiniones que no valen más allá de los límites de esta situación. Así, las encuestas que tratan sobre las relaciones entre las clases y, más precisamente, sobre el aspecto político de esas relaciones, están casi inevitablemente condenadas a terminar con la agravación de los conflictos de clase porque las exigencias técnicas a las cuales se deben sujetar las obligan a excluir las situaciones críticas y, por ello mismo, se les vuelve difícil captar o prever las conductas que nacerán de una situación conflictiva. Como lo observa Marcel Maquet, hay que "remitirse a la historia para descubrir las constantes (si es que existen) de reacciones a situaciones nuevas. La novedad histórica actúa como «reactivo» para revelar las virtualidades latentes. De allí la utilidad de seguir al grupo estudiado cuando se enfrenta a situaciones nuevas, cuya evocación no es nada más que un remedio para salir del paso, pues no se pueden multiplicar las preguntas hasta el infinito".²⁴

²² M. Chastaing, "Jouer n'est pas jouer", *loc. cit.*

²³ De este modo, la entrevista no directiva y el análisis de contenido no podrían ser utilizados como una especie de patrón absoluto, pero deben proporcionar un medio de controlar continuamente tanto el sentido de las preguntas planteadas como las categorías según las cuales son analizadas e interpretadas las respuestas.

²⁴ M. Maquet, *Guide d'étude directe des comportements culturels*, C.N.R.S., Paris, 1950, p. xxxi.

Estamos en contra de la definición restrictiva de las técnicas de recolección de datos que confiere al cuestionario un privilegio indiscutido y la posibilidad de ver nada más que sustitutos aproximativos de la técnica real en métodos no obstante tan codificados y tan probados como los de la investigación etnográfica (con sus técnicas específicas, descripción morfológica, tecnología, cartografía, lexicografía, biografía, genealogía, etc.). En efecto, hay que restituir a la observación metódica y sistemática su primado epistemológico.²⁵ Lejos de constituir la forma más neutral y controlada de la elaboración de datos, el cuestionario supone todo un conjunto de exclusiones, no todas escogidas, y que son tanto más perniciosas por cuanto permanecen inconscientes: para poder confeccionar un cuestionario y saber qué se puede hacer con los hechos que produce, hay que saber lo que hace el cuestionario, es decir, entre otras cosas, lo que no puede hacer. Sin hablar de las preguntas que las normas sociales que regulan la situación de encuesta prohíben plantear, ni mencionar aquellas que el sociólogo omite hacer cuando acepta una definición social de la sociología, que no es sino el calco de la imagen pública de la sociología como referéndum, ni siquiera las preguntas más objetivas, las que se refieren a las conductas, no recogen sino el resultado de una observación efectuada por el sujeto sobre su propia conducta. Tampoco la interpretación valdría más si ella se nutriera de la intención expresa de discernir metódicamente de las acciones las intenciones confesadas y los actos declarados que pueden mantener con la acción relaciones que vayan desde la valoración exagerada, o la omisión por inclinación, a lo secreto hasta las deformaciones, reinterpretaciones e incluso a los "olvidos selectivos"; tal intención supone que se obtenga el medio de realizar científicamente esta distinción, sea por el cuestionario mismo, sea por un uso especial de esta técnica (piénsese en las encuestas sobre los presupuestos o sobre los *budgets-temps* como cuasi-observación) o bien por la observación directa. Se induce, por tanto, a invertir la relación que ciertos metodólogos establecen entre el cuestionario, simple inventario de palabras, y la observación de tipo etnográfico como inventario sistemático de actos y objetos culturales;²⁶ el cuestionario no es

²⁵ Se encontrará una exposición sistemática de esta metodología en la obra de Marcel Maget arriba citada.

²⁶ Al poner todas las técnicas etnográficas dentro de la categoría desvalorizada del *quantitative analysis*, los que privilegian absolutamente el "quanti-

nada más que uno de los instrumentos de la observación, cuyas ventajas metodológicas, como por ejemplo la capacidad de recoger datos homogéneos igualmente apreciables por un análisis estadístico, no deben disimular sus límites epistemológicos; de manera que no sólo no es la técnica más económica para captar las conductas normalizadas, cuyos procesos rigurosamente "determinados" son altamente previsibles y pueden ser en consecuencia captados en virtud de la observación o la interrogación sagaz de algunos informantes, sino que se corre el peligro de desconocer ese aspecto de las conductas, en sus usos más ritualizados, e incluso, por un efecto de *desplazamiento*, a desvalorizar el proyecto mismo de su captación.²⁷

Los metodólogos suelen recomendar el recurso a las técnicas clásicas de la etnología, pero haciendo de la medición la medida de todas las cosas y de las técnicas de medición la medida de toda técnica, no pueden ver en ellas más apoyos subalternos o recursos para "encontrar ideas" en las primeras fases de una investigación,²⁸ excluyendo por esto el problema propiamente epistemológico de las relaciones entre los métodos de la etnología y los de la sociología. El desconocimiento recíproco es tan perjudicial para el progreso de una y otra disciplina como el entusiasmo desmedido que puede provocar préstamos incontrolados; por otra parte las dos actitudes no son exclusivas. La restauración de la unidad de la

tative analysis" se condenan a ver en él sólo un recurso por una suerte de etnocentrismo metodológico que lleva a referirlos a la estadística como a su verdad, para terminar viendo nada más que una "cuasi-estadística" en la que se encuentran "cuasi-distribuciones", "cuasi-correlaciones" y "cuasi-datos empíricos": "La reunión y el análisis de los cuasi-datos estadísticos sin duda pueden ser practicados más sistemáticamente de lo que lo han sido en el pasado, por lo menos si se piensa en la estructura lógica del análisis cuantitativo para tenerla presente en la mente y extraer precauciones y directivas generales" (A. H. Barton y P. F. Lazarsfeld, "Some Functions of Qualitative Analysis in Social Research", *loc. cit.*).

²⁷ Inversamente, el preferente interés que los etnólogos conceden a los aspectos más determinados de la conducta, a menudo es paralelo con la indiferencia por el uso de la estadística, que es la única capaz de medir la distancia entre las normas y las conductas reales.

²⁸ Cfr. por ejemplo, A. H. Barton y P. F. Lazarsfeld. "Some Functions of Qualitative Analysis in Social Research", *loc. cit.* C. Selliz, M. Deutsch y W. Cook se propusieron definir las condiciones en las cuales podría realizarse una trasposición fructífera de las técnicas de inspiración etnológica (*Research Methods in Social Relations*, Rev. vol. 1, ed. Methuen, 1959, pp. 59-65).

antropología social (entendida en el pleno sentido del término y no como sinónimo de etnología) supone una reflexión epistemológica que intentaría determinar lo que las dos metodologías deben, en cada caso, a las tradiciones de cada una de las disciplinas y a las características de hecho de las sociedades que toman por objeto. Si no existen dudas de que la importación descontrolada de métodos y conceptos que han sido elaborados en el estudio de las sociedades sin escritura, sin tradiciones históricas, socialmente poco diferenciadas y sin tener muchos contactos con otras sociedades, pueden conducir a absurdos (piénsese por ejemplo en ciertos análisis "culturalistas" de las sociedades estratificadas), es obvio que hay que cuidarse de tomar las limitaciones condicionales por límites de validez inherentes a los métodos de la etnología: nada impide aplicar a las sociedades modernas los métodos de la etnología, mediante el sometimiento, en cada caso, a la reflexión epistemológica de los supuestos implícitos de esos métodos que se refieren a la estructura de la sociedad y a la lógica de sus transformaciones.²⁹

No hay operación por más elemental y, en apariencia, automática que sea de tratamiento de la información que no implique una elección epistemológica e incluso una teoría del objeto. Es evidente, por ejemplo, que es toda una teoría, consciente o inconsciente, de la estratificación social lo que está en juego en la codificación de los indicadores de la posición social o en la demarcación de las categorías (ténganse presentes, por ejemplo, los diferentes índices entre los cuales se puede escoger para definir los grados de "cristalización del status"). Los que, por omisión o imprudencia, se abstienen de sacar todas las consecuencias de esta evidencia se exponen a la crítica frecuentemente dirigida a las descripciones escolares que tienden a sugerir que el método experimental tiene por función descubrir relaciones entre "datos" o propiedades preestablecidas de esos "datos". "Nada hay de más engañoso, decía Dewey, que la aparente sencillez de la investigación científica tal como la describen los tratados de lógica", esta sencillez especiosa alcanza su punto culminante cuando se utilizan las letras del alfabeto para representar la articulación del objeto: teniendo en un caso, ABCD, en otro BCFG, en un tercero CDEH y así sucesivamente, se concluye que es c el que evidentemente deter-

²⁹ Tal sustantivación del método etnológico es la que realiza R. Bierstedt en su artículo "The Limitation of Anthropological Method in Sociology", *American Journal of Sociology*, LIV, 1948-1949, pp. 23-30.

mina el fenómeno. Pero el uso de este simbolismo es "un medio muy eficaz de oscurecer el hecho de que los materiales en cuestión han sido ya estandarizados y de disimular por ello que toda la tarea de la investigación inductiva-deductiva descansa en realidad sobre operaciones en virtud de las cuales los materiales son homogeneizados".³⁰ Si los metodólogos están más atentos a las reglas que se deben observar en la manipulación de las categorías ya constituidas que en las operaciones que permiten construirlas, es porque el problema de la construcción del objeto no puede resolverse nunca de antemano y de una vez para siempre, ya se trate de dividir a una población en categorías sociales, por nivel de ingreso o según la edad. Por el hecho de que toda taxonomía implica una teoría, una división inconsciente de sus alternativas, se opera necesariamente en función de una teoría inconsciente, es decir casi siempre de una ideología. Por ejemplo, dado que los ingresos varían de una manera continua, la división de una población por nivel de ingresos implica necesariamente una teoría de la estratificación: "no se puede trazar una línea de separación absoluta entre los ricos y los pobres, entre los capitalistas terratenientes o inmobiliarios y los trabajadores. Algunos autores pretenden deducir de este hecho la consecuencia de que en nuestra sociedad no cabe ya hablar de una clase capitalista, ni oponer la burguesía a los trabajadores".³¹ Es tanto como decir, agrega Pareto, que no existen ancianos, puesto que no se sabe a qué edad, o sea en qué momento de la vida, comienza la vejez.

Habría que preguntarse, por último, si el método de análisis de datos que parece el más apto para aplicarse en todos los tipos de relaciones cuantificables, como es el análisis multivariado, no debe someterse siempre a la interrogación epistemológica; en efecto, partiendo de que se puede aislar por turno la acción de las diferentes variables del sistema completo de relaciones dentro del cual actúan, a fin de captar la eficacia propia de cada una de ellas, esta técnica no puede captar la eficacia que puede tener un factor al insertarse en una estructura e incluso la eficacia propiamente estructural del sistema de factores. Además, al obtener por un corte sincrónico un sistema definido por un equilibrio puntual, se está

³⁰ J. Dewey, *Logic: The Theory of Inquiry*, Holt, Nueva York, 1938, p. 131, n. 1.

³¹ V. Pareto, *Cours d'Économie politique*, t. II, Droz, Ginebra, p. 385. Las técnicas más abstractas de división del material tienen por efecto justamente anular las unidades concretas como generación, biografía y carrera.

expuesto a dejar escapar lo que el sistema debe a su pasado y, por ejemplo, el sentido diferente que pueden tener dos elementos semejantes en el orden de las simultaneidades por su pertenencia a sistemas diferentes en el orden de la sucesión, es decir, por ejemplo, en diferentes trayectorias biográficas.³² Generalmente, una hábil utilización de todas las formas de cálculo que permite el análisis de un conjunto de relaciones supondría un conocimiento y una conciencia perfectamente claros de la teoría del hecho social, considerado en los procedimientos en virtud de los cuales cada uno de ellos selecciona y construye el tipo de relación entre variables que determinan su objeto.

Así como las reglas técnicas del uso de técnicas son fáciles de emplear en la codificación, así son difíciles de determinar los principios que permiten una utilización de cada técnica que tenga en cuenta conscientemente los supuestos lógicos o sociológicos de sus operaciones y, aun más, a plasmarse en la práctica. En cuanto a los principios de los principios, los que rigen el uso correcto del método experimental en sociología, y por esa razón, constituyen el fundamento de la teoría del conocimiento sociológico, están en este punto tan opuestos a la epistemología espontánea que pueden ser constantemente transgredidos en nombre mismo de preceptos o fórmulas de las cuales se cree sacar partido. De este modo, la misma intención metodológica de no atenerse sino a las expresiones conscientes, puede llegar a otorgar, a construcciones tales como el análisis jerárquico de opiniones, el poder de elevar las declaraciones, aun las más superficiales, a actitudes que son su principio, es decir de transmutar mágicamente lo consciente en inconsciente, o por un proceso idéntico, pero que fracasa por razones inversas, a buscar la estructura inconsciente del mensaje de prensa por medio de un análisis estructural que no puede otra cosa, en el mejor de los casos, que redescubrir penosamente algunas verdades primeras mantenidas conscientemente por los productores del mensaje.

Del mismo modo, el principio de la neutralidad ética, lugar común de todas las tradiciones metodológicas, paradójicamente puede incitar, en su forma rutinaria, al error epistemológico que aspira prevenir. Es en nombre de una concepción simplista del relativismo cultural que ciertos sociólogos de la "cultura popular"

³² Cfr. P. Bourdieu, J. C. Passeron y M. de Saint-Martin, *Rapport pédagogique et communication*, Cahiers du Centre de sociologie européenne, n° 2, Mouton, París, La Haya, 1965, pp. 43-57.

y de los medios modernos de comunicación pueden crearse la ilusión de actuar de acuerdo con la regla de oro de la ciencia etnológica al considerar todos los comportamientos culturales, desde la canción folklórica hasta una cantata de Bach, pasando por una cancioncilla de moda, como si el valor que los diferentes grupos les reconocen no formara parte de la realidad, como si no fuera preciso referir siempre las conductas culturales a los valores a los cuales se refieren objetivamente para restituirles su sentido propiamente cultural. El sociólogo que se propone ignorar las diferencias de valores que los sujetos sociales establecen entre las obras culturales, realiza de hecho una trasposición ilegítima, en tanto incontrolada, del relativismo al cual se ve obligado el etnólogo cuando considera culturas correspondientes a sociedades diferentes: las diferentes "culturas" existentes en una misma sociedad estratificada están objetivamente situadas unas en relación con las otras, porque los diferentes grupos se sitúan unos en relación con otros, en particular cuando se refieren a ellas; por el contrario, la relación entre culturas correspondientes a sociedades diferentes sólo puede existir en y por la comparación que efectúa el etnólogo. El relativismo integral y mecánico desemboca en el mismo resultado que el etnocentrismo ético: en los dos casos el observador sustituye su propia relación por los valores de los que observa (y de ese modo a su valor), a la relación que éstos mantienen objetivamente con sus valores.

"¿Cuál es el físico, pregunta Bachelard, que aceptaría gastar sus haberes en construir un aparato carente de todo significado teórico?" Numerosas encuestas sociológicas no resistirían tal interrogante. La renuncia pura y simple ante el dato de una práctica que reduce el cuerpo de hipótesis a una serie de anticipaciones fragmentarias y pasivas condena a las manipulaciones ciegas de una técnica que genera automáticamente *artefactos*, construcciones verborrógicas que son la caricatura del hecho metódica y conscientemente construido, es decir de un modo científico. Al negarse a ser el sujeto científico de su sociología, el sociólogo positivista se dedica, salvo por un milagro del inconsciente, a hacer una sociología sin objeto científico.

Olvidar que el hecho construido, según procedimientos formalmente irreprochables, pero inconscientes de sí mismos, puede no ser otra cosa que un *artefacto*, es admitir, sin más examen, la

posibilidad de aplicar las técnicas a la realidad del objeto al que se las aplica. ¿No es sorprendente que los que sostienen que un objeto que no se puede captar ni medir por las técnicas disponibles no tiene existencia científica, se vean llevados, en su práctica, a no considerar como digno de ser conocido más que lo que puede ser medido o, peor, a conceder sólo la existencia científica a todo lo que es pasible de ser medido? Los que obran como si todos los objetos fueran apreciables por una sola y misma técnica, o indiferentemente por todas las técnicas, olvidan que las diferentes técnicas pueden contribuir, en medida variable y con desiguales rendimientos, al conocimiento del objeto, sólo si la utilización está controlada por una reflexión metódica sobre las condiciones y los límites de su validez, que depende en cada caso de su adecuación al objeto, es decir a la teoría del objeto.³³ Además, esta reflexión sólo puede permitir la reinención creadora que exige idealmente la aplicación de una técnica, “inteligencia muerta y que la mente debe resucitar”, y *a fortiori*, la creación y aplicación de nuevas técnicas.

II-4. *La analogía y la construcción de hipótesis*

Para poder construir un objeto y al mismo tiempo saber construirlo, hay que ser consciente de que todo objeto científico se construye deliberada y metódicamente y es preciso saber todo ello para preguntarse sobre las técnicas de construcción de los problemas planteados al objeto. Una metodología que no se planteara nunca el problema de la construcción de las hipótesis que se deben demostrar no puede, como lo señala Claude Bernard, “dar ideas nuevas y fecundas a aquellos que no la tienen, servirá solamente para dirigir las ideas en los que las tienen y para desenvolverlas a fin de sacar de ellas los mejores resultados posibles [...] el método por sí mismo no engendra nada”.³⁴

Contra el positivismo que tiende a ver en la hipótesis sólo el producto de una generación espontánea en un ambiente infe-

³³ El uso monomaniaco de una técnica particular es el más frecuente y también el más frecuentemente denunciado: “Dad un martillo a un niño, dice Kaplan, y se verá que todo le habrá de parecer merecedor de un martillazo” (*The Conduct of Inquiry, op. cit.*, p. 112).

³⁴ C. Bernard, *Introduction à l'étude de la médecine expérimental, op. cit.*, cap. II, parágrafo 2.

cundo y que espera ingenuamente que el conocimiento de los hechos o, a lo sumo, la inducción a partir de los hechos, conduzca de modo automático a la formulación de hipótesis, el análisis eidético de Husserl, como el análisis histórico de Koyré demuestran, a propósito del procedimiento paradigmático de Galileo, que una hipótesis como la de la inercia no puede ser conquistada ni construida sino a costa de un golpe de estado teórico que, al no hallar ningún punto de apoyo en las sensaciones de la experiencia, no podía legitimarse más que por la coherencia del desafío imaginativo lanzado a los hechos y a las imágenes ingenuas o cultas de los hechos.³⁵

Tal exploración de los múltiples aspectos, que supone un distanciamiento decisivo respecto de los hechos, queda expuesta a las facilidades del intuicionismo, del formalismo o de la pura especulación, al mismo tiempo que sólo puede evadirse ilusoriamente de los condicionamientos del lenguaje o de los controles de la ideología. Como lo subraya R. B. Braithwaite, "un pensamiento científico que recurre al modelo analógico es siempre un pensamiento al modo del «como si» (*as if thinking*) [...]; la contrapartida del recurso a los modelos es una vigilancia constante".³⁶ Al distinguir el *tipo ideal* como concepto genérico obtenido por

³⁵ E. Husserl, "Die Krissis der europäischen Wissenschaften und die transzendente Phänomenologie: Eine Einleitung in die phänomenologische Philosophie" (trad. francesa E. Gerrer, "La crise des sciences européennes et la phénoménologie transcendantale", *Les Études Philosophiques*, nos. 2 y 4, París [hay ed. esp.]). Koyré, más sensible que cualquier otro historiador de la ciencia a la ingeniosidad experimental de Galileo, no vacila sin embargo en observar en el prejuicio de construir una física arquimediana el principio motor de la revolución científica iniciada por Galileo. Es la teoría, es decir en este caso la intuición teórica del principio de inercia, que precede a la experiencia y la hace posible volviendo concebibles las experiencias susceptibles de validar la teoría. Cf. A. Koyré, *Études Galiléennes*, III, *Galilée et la loi d'inertie*, Hermann, París, 1966, pp. 226-227.

³⁶ R. B. Braithwaite, *Scientific Explanation*, Cambridge University Press, Cambridge, 1963, p. 93. No es casual si, en ciencias que como la econometría, ocurren desde hace tiempo a la construcción de modelos, la conciencia del peligro de "inmunización" contra la experiencia que es inherente a todo proceso formalista, es decir simplificador, es más acentuado que en sociología. H. Albert mostró la "coartada ilimitada" que significa el hábito de razonar *ceteris paribus*: La hipótesis se vuelve irrefutable desde el momento en que toda observación contraria de la misma puede imputarse a la variación de los factores que aquélla neutraliza suponiéndolos constantes (H. Albert, "Modell Platonismus", en E. Topitsch (ed.), *Logik der Sozialwissenschaften*, Kiepenheuer und Witsch, Köln, Berlin, 1966, pp. 406-434).

inducción, de la "esencia" espiritual o de la copia impresionista de lo real, Weber sólo buscaba explicitar las reglas de funcionamiento y las condiciones de validez de un procedimiento que todo investigador, aun el más positivista, utiliza consciente o inconscientemente, pero que no puede ser dominado más que si se utiliza con conocimiento de causa. Por oposición a las construcciones especulativas de la filosofía social, cuyos refinamientos lógicos no tienen otra finalidad que construir un sistema deductivo bien ordenado y que son irrefutables por ser indemostrables, el tipo ideal como "guía para la construcción de hipótesis", según la expresión de Max Weber, es una ficción coherente "en la cual la situación o la acción es comparada y medida", una construcción concebida para confrontarse con lo real, una *construcción próxima* —a una distancia tal que permite medir y reducir— y no aproximada. El tipo ideal permite medir la realidad porque se mide con ella y se determina al determinar la distancia que lo separa de lo real [M. Weber, *texto nº 31*].

Con la condición de prescindir de las ambigüedades que deja subsistir Weber al identificar el tipo ideal con el modelo, en el sentido de caso-ejemplo o caso-límite, construido o comprobado, el razonamiento como pasaje de los límites constituye una técnica irremplazable de construcción de hipótesis: el tipo ideal puede extenderse tanto en un caso teóricamente privilegiado en un grupo construido de transformaciones (recuérdese, por ejemplo, el rol que hacía jugar Bouligand al triángulo rectángulo como soporte privilegiado de la demostración de la "pitagoricidad")³⁷ como en un caso paradigmático que puede ser, ya sea una pura ficción obtenida por el pasaje de los límites y por la "acentuación unilateral" de las propiedades pertinentes, ya sea un objeto realmente observable que presenta en el más alto grado el número mayor de propiedades del objeto construido. Para escapar a los peligros inherentes a este procedimiento, hay que considerar al tipo ideal, no en sí mismo ni por sí mismo —a la manera de una muestra reveladora que bastaría copiar para conocer la verdad de la colección íntegra—, sino como un elemento de un grupo de transformaciones refiriéndolos a todos los casos de la especie del cual es uno privilegiado. De este modo, construyendo por una ficción metodológica el sistema de conductas que pondrían los medios más racionales al servicio de fines racionalmente calculados, Max We-

³⁷ Véase G. Bachelard, *Le rationalisme appliqué, op. cit.*, pp. 91-97.

ber obtiene un medio privilegiado para comprender la gama de conductas reales que el tipo ideal permite objetivar, objetivando su distancia diferencial al tipo puro. No existe el tipo ideal en el sentido de muestra reveladora (*Instancia ostensiva*), que haga ver lo que se busca, como lo indicaba Bacon, "al descubierto, bajo una forma agrandada o en su más alto grado de potencia", que pueda tornarse objeto de un uso riguroso; se puede evitar lo que se ha llamado "el paralogismo del ejemplo dramático", variante del "paralogismo de la *française rousse*" a condición de advertir en el caso extremo sometido a observación, el revelador del conjunto de casos isomorfos de la estructura del sistema;³⁸ es esta lógica lo que hace a Mauss privilegiar el *potlatch* como "forma paroxística" de la especie, los cambios de tipo total y agonístico, o que permite ver en el estudiante literario parisiense de origen burgués y en su inclinación al diletantismo, un punto de partida privilegiado para construir el modelo de relaciones posibles entre la verdad sociológica de la condición de estudiante y su transfiguración ideológica.

El *ars inveniendi*, entonces, debe limitarse a proporcionar las técnicas de pensamiento que permitan conducir metódicamente el trabajo de construcción de hipótesis al mismo tiempo que disminuir, por la conciencia de los peligros que tal empresa implica, los riesgos que le son inherentes. El razonamiento por analogía que muchos epistemólogos consideran el principio primero del descubrimiento científico está llamado a desempeñar un papel específico en la ciencia sociológica que tiene por especificidad no poder constituir su objeto sino por el *procedimiento comparativo*.³⁹ Para libe-

³⁸ Así, Goffman concibe al hospital psiquiátrico reubicándolo en la serie de instituciones, cuarteles, o internados: el caso privilegiado en la serie construida puede ser entonces aquel que, tomado aisladamente, mejor disimula por sus funciones oficialmente humanitarias la lógica del sistema de los casos isomorfos (cfr. E. Goffman, *Asiles*, Éditions de Minuit, París, 1968).

³⁹ Véase, por ejemplo, G. Polya, *Induction and Analogy in Mathematics*, Princeton University Press, Princeton (N.J.), 1954, ts. I y II. Durkheim sugería ya principios de una reflexión sobre el buen uso de la analogía. "El error de los sociólogos biologists no es haberla usado (la analogía), sino haberla usado mal. Quisieron, no controlar las leyes de la sociología por las de la biología, sino deducir las primeras de las segundas. Pero tales deducciones carecen de valor; pues si las leyes de la vida se vuelven a encontrar en la sociedad, es bajo nuevas formas y con caracteres específicos que la analogía no permite conjeturar y que sólo puede alcanzarse por la observación directa. Pero si se ha comenzado a determinar, con ayuda de procedimientos sociológicos, ciertas condiciones de la organización social, hubiera sido perfectamente legítimo examinar luego si no presentaban similitudes parciales con las condiciones de

rarse de la consideración ideográfica de casos que no contienen en sí mismos su causa, el sociólogo debe multiplicar las hipótesis de analogías posibles hasta construir la especie de los casos que explican el caso considerado. Y para construir esas analogías mismas, es legítimo que se ayude con hipótesis de analogías de estructura entre los fenómenos sociales y los fenómenos ya establecidos por otras ciencias, comenzando por las más próximas, lingüística, etnología, o incluso biología. "No carece de interés, observa Durkheim, investigar si una ley, establecida por un orden de hechos, no se encuentra en otra parte, *mutatis mutandis*; esta comparación puede incluso servir para confirmarla y comprender mejor su alcance. En suma, la analogía es una forma legítima de comparación y ésta es el único medio práctico que disponemos para conseguir que las cosas se vuelvan inteligibles." ⁴⁰ En resumen, la comparación orientada por la hipótesis de las analogías constituye no sólo el instrumento privilegiado de la ruptura con los datos preconstruidos, que pretenden insistentemente ser considerados en sí mismos y por sí mismos, sino también el principio de la construcción hipotética de relaciones entre las relaciones.

II-5. Modelo y teoría

Es sólo a condición de negar la definición que los positivistas, usuarios privilegiados de la noción, dan de modelo, que se le puede conferir las propiedades y funciones comúnmente concedidas a la teoría. ⁴¹ Sin duda, se puede designar por modelo cualquier sistema de relaciones entre propiedades seleccionadas, abstractas y simplificadas, construido conscientemente con fines de descripción, de explicación o previsión y, por ello, plenamente manejable; pero a condición de no emplear sinónimos de este tér-

la organización animal, tal como lo determina el biólogo de su lado. Puede preverse incluso que toda organización debe tener caracteres comunes que no es inútil descubrir" (E. Durkheim, "Représentations individuelles et représentations collectives", *Revue de Métaphysique et de Morale*, t. vi, mayo 1898, reproducido en: *Sociologie et philosophie*, Paris, F. Alcan, 1924, 3ª ed., PUF, Paris, 1963).

⁴⁰ E. Durkheim, *ibid.*

⁴¹ En este párrafo, el vocablo teoría se tomará en el sentido de teoría parcial de lo social (cf. *supra*, parág. 1.7, pp. 48-50).

mino que den a entender que el modelo pueda ser, en este caso, otra cosa que una copia que actúa como un pleonasma con lo real y que, cuando es obtenida por un simple procedimiento de ajuste y extrapolación, no conduce en modo alguno al principio de la realidad que imita. Duhem criticaba a los "modelos mecánicos" de lord Kelvin por mantener con los hechos sólo una semejanza superficial. Simples "procedimientos de exposición" que hablan sólo a la imaginación, tales instrumentos no pueden guiar el descubrimiento puesto que no son sino, a lo sumo, otra cosa que una puesta en forma de un saber previo y que tienden a imponer su lógica propia, evitando así investigar la lógica objetiva que se trata de construir para explicar teóricamente lo que no hacen más que representar.⁴² Ciertas formulaciones científicas de las prenociones del sentido común hacen pensar en esos autómatas que construían Vaucanson y Cat y que, en ausencia del conocimiento de los principios reales de funcionamiento, apelaban a mecanismos basados en otros principios para producir una simple reproducción de las propiedades más fenomenales: como lo subraya Georges Canguilhem, la utilización de modelos se reveló fecunda en biología en el momento en que se sustituyeron los modelos mecánicos, concebidos en la lógica de la producción y transmisión de energía, por modelos cibernéticos que descansan en la transmisión de información y dan así con la lógica del funcionamiento de los circuitos nerviosos.⁴³ No es una casualidad si la indiferencia a los principios condena a un operacionismo que limita sus ambiciones a "salvar las apariencias", sin perjuicio de proponer tantos modelos como fenómenos hay, o multiplicar para un mismo fenómeno modelos que incluso no son contradictorios porque, productos de un trabajo científico, están igualmente desprovistos de principios. La investigación aplicada puede contentarse, sin duda, con tales "verdades en un 50 %", según la expresión de Boas, pero quienes confunden una restitución aproximada (y no próxima) del fenómeno con la

⁴² Entre los modelos incontrolados que obstaculizan la captación de las analogías profundas, hay que tener en cuenta también los que transmite el lenguaje en sus metáforas, aun las más muertas (cfr. *supra*, parág. 1-4, pp. 37-41).

⁴³ G. Canguilhem, "Analogies and Models in Biological Discovery", *Scientific Change, Historical Studies in the Intellectual, Social and Technical Conditions for Scientific Discovery and Technical Invention, from Antiquity to the Present*, Symposium on the History of Science, Heinemann, London, 1963, pp. 507-520.

teoría de los fenómenos se exponen a inexorables fracasos y sin embargo incomprensibles en tanto no se aclare el poder explicativo de coincidencia.

Confundiendo entre la simple *semejanza* y la *analogía*, relación entre relaciones que debe ser conquistada contra las apariencias y construida por un verdadero trabajo de abstracción y por una comparación conscientemente realizada, los *modelos miméticos*, que no captan más que las semejanzas exteriores se oponen a los *modelos analógicos* que buscan la comprensión de los principios ocultos de las realidades que interpretan. "Razonar por analogía, dice la Academia, es formar un razonamiento fundado en las semejanzas o relaciones de una cosa con otra" o más bien, corrige, Cournot, "fundado en las relaciones o semejanzas en tanto éstas muestren las relaciones. En efecto, la visión de la mente, en el juicio analógico, se refiere únicamente a la razón de las semejanzas: éstas no tienen ningún valor desde el momento que no revelan las relaciones en el orden de hechos en que la analogía se aplica".⁴⁴

Los diferentes procedimientos de construcción de hipótesis pueden aumentar su eficacia recurriendo a la formalización que, además de la función esclarecedora de una estenografía rigurosa de conceptos y la función crítica de una demostración lógica del rigor de las definiciones y de la coherencia del sistema de enunciados, también puede cumplir, bajo ciertas condiciones, una función heurística al permitir la exploración sistemática de lo posible y la construcción controlada de un cuerpo sistemático de hipótesis como esquema completo de las experiencias posibles. Pero si la eficacia mecánica, y metódica a la vez, de los símbolos y de los operadores de la lógica o de la matemática, "instrumentos de comparación por excelencia", según la expresión de Marc Barbut, permite llevar a su término la variación imaginaria, el razonamiento analógico puede cumplir también, incluso carente de todo refinamiento formal, su función de instrumento de descubrimiento, aunque más trabajosamente y con menos seguridad. En su uso corriente, el modelo proporciona el sustituto de una experimentación a menudo imposible en los hechos y da el medio de confrontar con la realidad las consecuencias que esta experiencia mental permite separar completamente, porque ficticia-

⁴⁴ A. Cournot, *Essais sur les fondements de nos connaissances et sur les caractères de la critique philosophique*, Hachete, Paris, 1912, p. 68.

mente: "Luego de Rousseau y bajo una forma decisiva, Marx enseñó, observa Claude Lévi-Strauss, que la ciencia social al igual que la física no se construye a partir de los datos de la sensibilidad: el objetivo es construir un modelo, estudiar sus propiedades y las diferentes maneras en que reacciona en el laboratorio, para aplicar seguidamente esas observaciones a la interpretación de lo que sucede empíricamente".⁴⁵

Es en los principios de su construcción y no en su grado de formalización que radica el valor explicativo de los modelos. Por cierto, como se ha demostrado a menudo de Leibniz a Russell, el recurso a "evidencias ciegas" de los símbolos constituye una excelente protección contra las obcecadas evidencias de la intuición: "El simbolismo es útil, indiscutiblemente, porque torna las cosas difíciles. Queremos saber «qué puede ser deducido de qué». Al principio todo es evidente por sí; y es muy difícil ver si una proposición evidente procede o no de otra. La evidencia es siempre enemiga del rigor. Inventemos un simbolismo tan difícil que nada parezca evidente. Luego establezcamos reglas para operar con los símbolos y todo se vuelve mecánico".⁴⁶ Pero los matemáticos tendrían menos razones que los sociólogos para recordar que la formalización puede consagrar evidencias del sentido común en lugar de condenarlas. Se puede, decía Leibniz, dar forma de ecuación a la curva que pasa por todos los puntos de una superficie. El objeto percibido no se transforma en un objeto construido como por un sencillo arte de magia matemática: peor, en la medida en que simboliza la ruptura con las apariencias, el simbolismo da al objeto preconstruido una respetabilidad usurpada, que lo resguarda de la crítica teórica. Si hay que precaverse de los falsos prestigios y prodigios de la formalización sin control epistemológico, es porque reduciendo las apariencias de la abstracción a proposiciones que pueden ser obcecadamente tomadas de la sociología espontánea o de la ideología, amenaza inducir a que se pueda ahorrar el trabajo de abstracción, que es el único capaz de romper con las semejanzas aparentes para construir las analogías ocultas.

La captación de las homologías estructurales no siempre tiene necesidad de apelar al formalismo para fundamentarse y

⁴⁵ C. Lévi-Strauss, *Tristes tropiques*, Plon, París, 1956, p. 49 [hay ed. esp.].

⁴⁶ B. Russell, *Mysticism and Logic, and Other Essays*, Doubleday, Anchor Books, Nueva York, 1957, p. 73 (inst. publ. *Philosophical Essays*, George Allen & Unwin, London, 1918, 2ª ed., *Mysticism and Logic*, 1917 [hay ed. esp.].

para demostrar su rigor. Basta seguir el procedimiento que condujo a Panofsky a comparar la *Summa* de Tomás de Aquino y la catedral gótica para advertir las condiciones que hacen posible, legítima y fecunda tal operación: para acceder a la analogía oculta escapando de esa curiosa mezcla de dogmatismo y empirismo, de misticismo y positivismo que caracteriza al intuicionismo, hay que renunciar a querer encontrar en los datos de la intuición sensible el principio que los unifique realmente y someter las realidades comparadas a un tratamiento que las hace igualmente disponibles para la comparación. La analogía no se establece entre la *Summa* y la *Catedral* tomadas, por así decirlo, en su valor facial, sino entre dos sistemas de relaciones inteligibles, no entre "cosas" que se ofrecerían a la percepción ingenua sino entre objetos conquistados contra las apariencias inmediatas y contruidos mediante una elaboración metódica [*E. Panofsky, texto nº 32*].

De esta manera, es en su poder de ruptura y de generalización, los dos son inseparables, que se reconoce el *modelo teórico*: depuración formal de las relaciones entre aquellas que definen los objetos contruidos, puede ser transpuesto a órdenes de la realidad fenomenal muy diferentes y provocar por analogía nuevas analogías, nuevos principios de construcción de objetos [*P. Duhem, texto nº 33; N. Campbell, texto nº 34*]. Así como el matemático encuentra en la definición de recta como curva de curvatura nula el principio de una teoría general de las curvas, ya que la línea curva es un mejor generalizador que la recta, así la construcción de un modelo permite tratar diferentes formas sociales como otras tantas realizaciones de un mismo grupo de transformaciones y hacer surgir por ello propiedades ocultas que no se revelan sino en la puesta en relación de cada una de las realizaciones con todas las otras, es decir por referencia al sistema completo de relaciones en que se expresa el principio de su afinidad estructural.⁴⁷ Es éste el procedimiento que le confiere su

⁴⁷ Es el mismo procedimiento, que consiste en concebir el caso particular e incluso el conjunto de casos reales como casos particulares de un sistema ideal de composiciones lógicas, que en las operaciones más concretas de la práctica sociológica como la interpretación de una relación estadística puede terminar invirtiendo la significación de la noción de significatividad estadística: así como la matemática pudo considerar la ausencia de propiedades como una propiedad, del mismo modo una ausencia de relación estadística entre dos variables puede ser altamente significativa si se considera esta reacción dentro del sistema completo de relaciones de la que forma parte.

fecundidad, es decir su poder de generalización, a las comparaciones entre sociedades diferentes o entre subsistemas de una misma sociedad, por oposición a las simples comparaciones suscitadas por la semejanza de los contenidos. En la medida en que estas "metáforas científicas" conduzcan a los principios de las homologías estructurales que pudieran encontrarse sumergidas en las diferencias fenomenales, son, como se ha dicho, "teorías en miniatura" puesto que, al formular los principios generadores y unificadores de un sistema de relaciones, satisfacen completamente las exigencias del rigor en el orden de la demostración y de la fecundidad, en el orden del descubrimiento, que definen una construcción teórica: gramáticas generadoras de esquemas, pasibles de ser transpuestas, proporcionan el principio de los problemas y de cuestionamientos indefinidamente renovables; realizaciones sistemáticas de un sistema de relaciones verificadas o a verificar, obligan a un procedimiento de verificación que no puede ser más que sistemático en sí mismo; productos conscientes de un distanciamiento por referencia a la realidad, remiten siempre a la realidad y permiten medir en la misma las propiedades que su irrealidad sólo posibilita descubrir completamente, por deducción.⁴⁸

⁴⁸ Sería indispensable en ciencias sociales una educación del espíritu científico para que, por ejemplo en sus informes de encuesta los sociólogos rompan más a menudo con el procedimiento inductivo que a lo sumo conduce a un balance recapitulativo (cfr. *infra*, parág. III.2, p. 91) para reorganizar en función de un principio unificador (o de varios), a fin de explicar sistemáticamente, el conjunto de relaciones empíricamente comprobadas, es decir para obedecer en su práctica a la exigencia teórica, aunque fuera al nivel de una problemática regional.